

GERMINAL

Madrid.....	Trimestre.....	2	pts.
	Año.....	7	—
Provincias..	Trimestre.....	2,50	—
	Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar: Año, 15 pts.			
Número suelto, 15 cts. — Atrasado, 50.			
25 ejemplares, 2 pesetas.			

HORAS DE OFICINA: DE 3 A 6.

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

Redacción: VILLANUEVA, 20, Madrid.

GERMINAL.

HAY en España, contra lo que algunos afirman, porque el despecho les obscurece el juicio ó la vejez les nubla los ojos ó el instinto de conservación les hace mentir á sabiendas, una juventud pensadora y fuerte, revolucionaria y honrada, con ideales propios, con sangre suya, con energías que deben ser grandes cuando subsisten y á veces triunfan del odio y la repulsión sistemática en que, tratándose de ella, se inspiran los hombres que lo mangonean todo en política, en filosofía, en ciencia, en artes, en las diversas manifestaciones del humano saber y de la humana inteligencia.

Esta juventud, corta en número, que no es fácil hallar en generación alguna muchos hombres dispuestos á embestir de frente con las mentiras y preocupaciones de su época, á sufrir privaciones materiales y morales afrentas, por no perder su honradez y su independencia y su integridad de corazón y de pensamiento; esta juventud ha tenido, tiene valor suficiente para aguantar á pie firme las injusticias de que es víctima, las injurias de que es objeto, las calumnias con que se quiere deshonorar su vida y el silencio cobarde con que se trata de apagar su voz. Esta juventud ha venido á la lucha en momentos tristísimos, cuando la inmoralidad reina como única señora en la existencia social de España, arriba y abajo, en la administración, en la política, en las costumbres, cuando una hipocresía mansa y una pudibundez acomodaticia, cierran los ojos para no ver sus propios delitos y se tapan los oídos si algún grito de protesta ó de dolor viene á recordárselos; esta juventud ha visto ahogar con sangre las protestas de la miseria, las reclamaciones del proletariado, las esperanzas del obrero, sin que nadie las atendiese ni procurase remediarlas; ha contemplado la obra del clericalismo extendiendo su red de araña desde los agujeros del claustro, del confesonario y de la sacristía para estrangular la conciencia y oprimir la razón; ha presenciado el triste espectáculo de una administración empobrecida por el robo y por la ineptitud; de una justicia traída y llevada en sus representantes ó en su procedimiento por los caprichos del poder; de un arte rutinario con fiscales que lo denuncian en el libro, cómicos que lo rebajan en el teatro, obispos que lo sujetan á leyes canónicas desde el púlpito, y críticos que los estancan en un pantano de discusiones retóricas y de amaneramientos académicos. Eso ha encontrado esta juventud: una organización social falsa, un sistema político ruín, una dictadura clerical vergonzosa, una dictadura artística que chochea y produce náuseas en el cerebro. Eso ha encontrado y contra todo mayor revuelve, porque ni está dispuesta á respirar con que la brindan, ni dispuesta á

morir de asfixia por dar gusto á los que tan á gusto viven dentro de él.

Y claro que á esta juventud, pronta á romper con su esfuerzo la podrida superficie donde los otros viven y merodean á su sabor, se la ha recibido con una crispación de puños y un gesto de terror y de cólera. Ocupadas todas las alturas por gente vieja, la gente nueva no puede ser bien aceptada; la vejez es egoísta y es cobarde, no gusta de que perturben su existencia, tiembla á la más pequeña innovación, se asusta de que el aire frío de la calle agite su carne temblorosa y sacuda su organismo caduco. De ahí el

suscripciones, y los intereses de las empresas son en sumo grado respetables; en la tribuna hay un delegado del Gobierno que le tapa la boca y en todas partes una oposición sistemática de estómagos satisfechos y de cerebros rutinarios que le estorba el paso.

Esa juventud, escarnecida, negada, ultrajada por todos ó casi todos los que no han podido comprarla, necesitaba un sitio donde hablar libremente y hacer afirmaciones claras y precisas. Esa juventud, que quiere en política la República como punto de arranque, la República social como fin inmediato y el progreso indefinido como ideal supremo; que rechaza

toda religión positiva como atentadora de la conciencia humana; que reclama libertad para el pensamiento en el libro, en la tribuna, en el teatro, en el arte, en todo, no quiere, no debe, no puede guardar silencio; reclama un puesto desde donde pueda ser oída y nosotros se lo ofrecemos, modesto, pero noble y honrado, con GERMINAL. GERMINAL está abierto á cuantos deseen combatir por el porvenir en cualquier esfera de actividad humana, en cualquier orden de la vida moderna; dentro de él caben sin excepción los que miran hacia adelante y no se asusten de las consecuencias de la lucha.

Aquí caben todos; aquí no hay envidias, ni rencores, ni egoísmos.

Aquí hay una tribuna, una bandera y gente dispuesta á defenderla á todo trance.

Bien venido el que llegue á aumentar las filas.

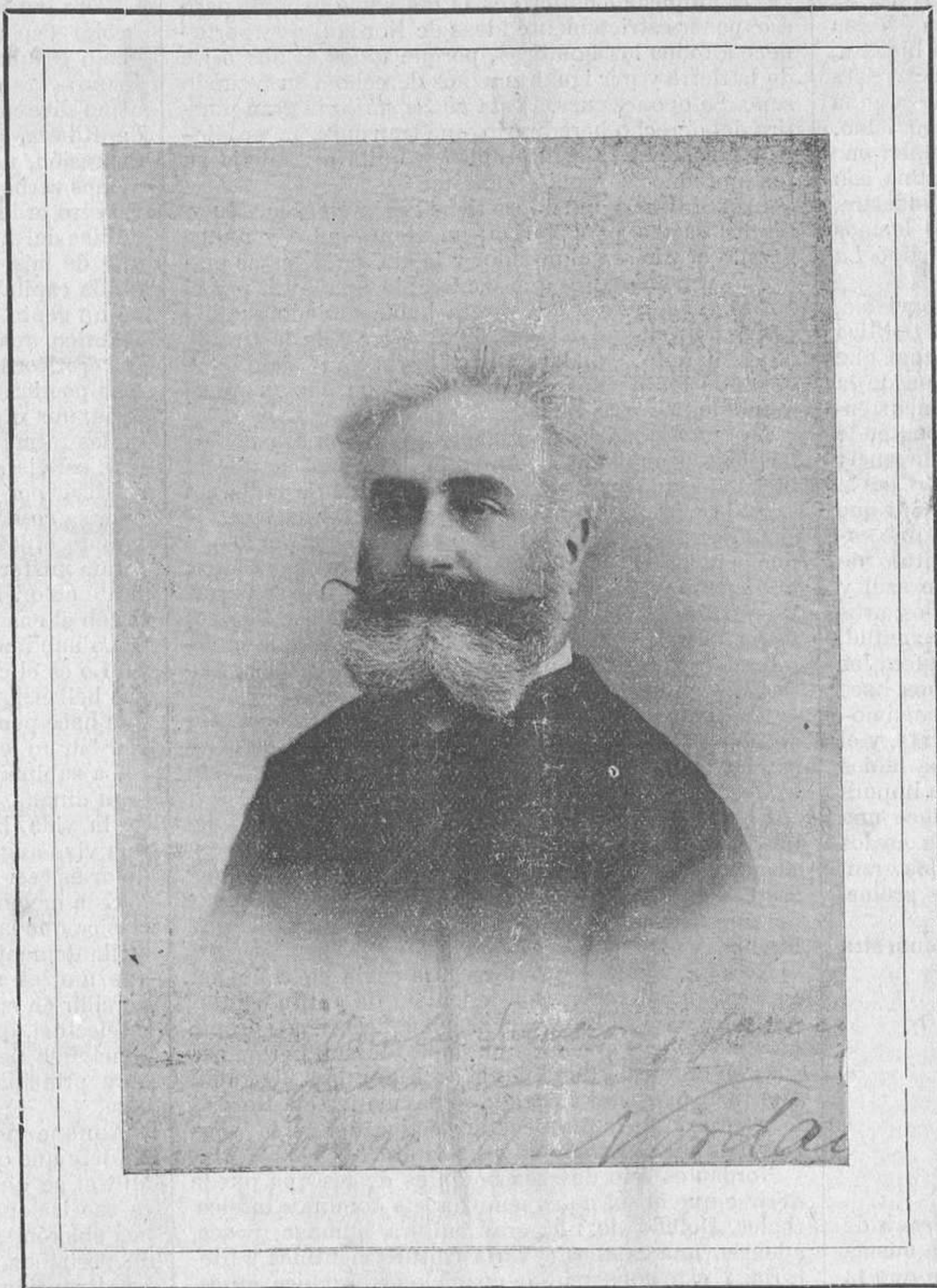
SILUETAS DE CONTEMPORÁNEOS.

MAX NORDAU.

RINDIENDO hoy un homenaje de admiración hacia Max Nordau, el espíritu valiente de que hablaba nuestro gran Quevedo, tributamos también un piadoso y sentido recuerdo á la memoria de nuestro infortunado amigo Enrique Maldonado, flor de almendro que rápidamente se marchitó en este mundo de luchas mezquinas y crueles desilusiones, Maldonado quiso buscar prematuramente en la muerte el gran secreto de la vida; dispuso de su existencia, truncando la obra de la naturaleza; buscó en el suicidio un refugio para su alma torturada por la fiebre del genio y las bascas angustiosas de la miseria. Vivió tan deprisa que se encontró cansado cuando todos empezamos la jornada; sus 25 años fueron un siglo de luchas tenaces, de anhelos imposibles, de locas fulguraciones que le arrojaron sangriento sobre el arroyo de la calle.

Pobre como un hombre de genio, orgulloso como un gran señor, soñador y ensimismado como un poeta, profundo como un filósofo, instruido como un erudito, de inspiración lozana, de numen poderoso y fecundo, sentimental y reflexivo al par, idealista y misántropo, alma misteriosa y entendimiento claro, dejó sólo al morir como productos de su privilegiado talento, unos cuantos artículos que en su mayoría se publicaron en nuestro colega *La Justicia* y en *La Democracia Social*,

odio que inspira á la gente vieja la gente nueva; de ahí que se la cierran todas las puertas; de ahí que se la calumnie, que se la postergue, que se la niegue. Si alguno de los que á esa juventud pertenecen ha conseguido un triunfo, por sorpresa, casi no le han dado tiempo de gozarlo, porque se ha visto obligado á enseñar los dientes y afirmarse con un esfuerzo de sus músculos todos contra el envite de los que tratan de empujarlo y hacerlo rodar hasta el fondo otra vez. No; no hay paz, no hay tregua para la gente nueva; los periódicos de gran circulación ó no admiten ó cercenan sus artículos por consideraciones económicas dignas de aprecio; ciertas cosas hacen disminuir las



á cuyas redacciones perteneció. Uno de ellos es la siguiente silueta de Max Nordau.

«Ved su retrato. El os muestra un tipo hermoso de atleta intelectual. Contemplad su mirada, donde parece destellar la vitalidad alegre de una confortante esperanza; es la misma, usando la magnífica hipérbole del poeta, que con su fuego aniquila cuanto una vez ha mirado.

Porque Nordau es esto: un Shiva científico, que posee la virtud destructora de la crítica en un grado profundo. Si es cierto que nada hay más sugestivo para las almas nobles que los dolores gloriosos de los grandes cerebros, y entre ellos, el dolor pura y refinadamente intelectual, que es el dolor estético por excelencia, y bien puede decirse que en la aristocracia y jerarquía del sufrimiento, el rey de los dolores; cuán simpático este hombre que ha contemplado, con el fardo de tristeza con que esto abruma al espíritu, la angustia y la mentira humanas y ha ido á buscar la esencia de su obra en la agitación palpitante, y á veces sangrienta, de la vida...

Su libro *Las mentiras* ha sido calificado de sombrío en extremo, cuando posee toda la obligada circunspección científica. Mas las grandes ideas vivas, las que están en la conciencia de todos, pocos se atreven como Nordau, á proclamarlas. No hablemos de la *mentira política*. «Como su nombre indica», los hombres públicos no son de otra calidad que las mujeres públicas. No merecen, fuera de tan dignas como raras excepciones, otra atención sus hechos y frecuentes riñas que la burlona atención concedida á la pelea entre dos hijas de la noche. Hablemos menos que de nada, de la ingerencia, no por lo oculta, poco real y decisiva, de la mujer en la política, como en la vida toda; y no de las grandes mujeres, como una Reina Católica, sino del elemento más temible de la historia, de las Mesalinas. En muchos hechos á primera vista inexplicables, habría que buscar la mano de alguna distinguida prima ó tía, más fea que el dogmatismo. Esto sin contar con que no es muy difícil señalar entre nuestros políticos alguna que otra Mesalina con pantalones. Pero Nordau las señala de mano maestra, estas cosas de política que con tanto interés leemos cada día los españoles en *El Imparcial* clásico, ó *La Epoca* señorial ó la burguesa *Correspondencia*.

No se puede tachar, á estas alturas, de filoneísmo, al que reconoce juntamente con esta mentira política la mentira aristocrática, económica y matrimonial, que entraña los grandes problemas de la selección de la especie. ¿Qué legitimidad puede tener una concurrencia vital artificiosa, contraria á naturaleza y por ende á los principios científicos de Darwin, concurrencia que atenta á la conservación y mejoramiento de la especie, condenando á la muerte por hambre al que nació inteligente y fuerte, para permitirse el lujo estúpido de sostener en la esplendidez, á título de testas coronadas, ó de individuos de sangre azul y otros embelecados, á miembros inútiles ó dañados; artificio ó convención, que cuando brisas de juventud, como la savia acre que difunden en la atmósfera los pinos, abren las ganas de vivir y de amar, nos hace ver prostituida la hermosura, en la mentira matrimonial, á la lluvia de oro ó á los prejuicios de casta, y el seno blando y dulce que debieran oprimir los labios de una prole hermosa, convertido en almohada impura de una senilidad lasciva? Y todo esto produce una fiebre de temor en los unos, de desesperación en los otros, causa de que en nuestra sociedad sólo los grandes ridículos, como Pangloss y Gedeón, se las prometan felices.

Ya se sabe cuál es la condición del pobre en nuestra vida social: la misma que dijo el poeta.

¡El pobre! Al pobre le desprecia el mundo;
el pobre vive mendigando el pan;
falsa piedad ó ceño furibundo
de limosna le dan.

La gloria al pobre le deniega un nombre,
el poder le deniega su esplendor,
la noche el sueño, la amistad el hombre,
la mujer el amor.

Y no nos vengan con la razón *ad usum Gedeonis* de que la desigualdad la señala con su ejemplo la misma Naturaleza. Precisamente lo que se pide, es que la desigualdad social esté de acuerdo con la desigualdad natural.

Supongamos en nuestro estado social un hombre que, como ocurre en algunas novelas filosóficas, cae del cielo como un aerolito, sin bienes, sin parientes y sin apoyo. Pues es lo mismo que si se hubiera caído de un nido. Todas las preeminencias con que se hallara heroseado su cerebro serían mal *donadas* á la vida. Lo mejor que podía ocurrirle es que así como la señora Pardo Bazán dicen que se halla *plagada* de bellezas, él se viese plagado de protectores. Pero con ellos le sucedería lo que á Enrique Heine con los suyos: «Las buenas almas me encaminaron con sus bellos consejos. Me dijeron que esperase, que ya me llegaría mi turno, que la juventud era loca y vana. ¡Oh! me protegieron mucho. Y con todo, me hubiera muerto físico si un verdadero amigo no me saca de

allí. ¡Cuánto quise á aquel valiente! ¡Cuánto le debo á aquel bravo...! Sólo siento no haberle podido dar un abrazo: porque aquel bravo era yo.» Más ¿hubiera salido adelante en España, *le petit pays*, como nos llama Nordau en la traducción francesa?

¿Cuál es la causa de todo este mal profundo, de este *mal del siglo*? ¡Oh, es muy compleja! Pero lo capital es lo que indica Nordau: la cobardía del bien y de la verdad, la hipocresía, la mentira, el escepticismo moral, que aun á la juventud ha contagiado, la contradicción entre lo que pensamos y lo que hacemos y decimos, el que no encarne en la generalidad el *espíritu valiente* por quien interroga Quevedo. Claro es que el origen de esto se encuentra en el egoísmo. El instinto de solidaridad, base social, ha nacido del egoísmo, pero no puede desenvolverse plenamente sin coronarse con el altruismo. En este tránsito del egoísmo como el punto de partida, al altruismo como el punto de llegada, es donde la humanidad tropieza y sufre.

¿Por qué? Porque los hombres son como los erizos de que habla Schopenhauer, que necesitan los unos del calor de los otros, pero á la distancia conveniente para no herirse con sus espinas. Tal vez en esto se halla el punto flaco del comunismo absoluto, porque el hombre necesita de la sociedad y del aislamiento, como necesita de la vigilia y del sueño; de aquí el ansia instintiva de la propiedad para gozar de este aislamiento é independencia.

Esta propiedad tiene sus títulos de legitimidad en el trabajo. Siendo la gran necesidad humana la conservación, y no siendo ésta posible sin el cultivo del suelo, de la *madre tierra*, que es nuestra eterna nodriza, la propiedad natural es la del suelo (y aquí paso á exponer estrictamente ideas de Nordau) que pertenece á todos los hombres, porque todos somos hijos de la tierra y por igual tenemos derecho á su fecundo seno. Se opone, pues, á esta *virtus ethica* la gran mentira del derecho hereditario, que transmite la propiedad favoreciendo la inutilidad y quita al trabajo su justo premio de propio bienestar.

¡Ah! Sí. Una y mil veces tiene razón Nordau. Muertas las castas parasitarias, un viento puro y nunca gozado acariciará el mundo, y la alegría de estas madres, santas mujeres que contemplo marchitas por el sufrimiento, que en la pobreza habían criado sus hijos para esclavos del rico en el taller y de la tiranía en el ejército, exhalará sus gritos hacia el cielo bendiciendo los pechos enflaquecidos que habían amantado hombres libres...

La humanidad es un gigante que lucha con el dolor. Mas, semejante al Anteo de la fábula, para esta lucha sus fuerzas necesitan de la fuerza de la madre tierra. Es lo que también, aunque con forma más visionaria, predica el tolstoísmo enloquecido por lo que puede llamarse amor á *Parsifal*, al simple que es puro: la humanidad santa y feliz sería aquella que se encovase sobre los surcos con amor y se aislase bajo el techo patriarcal con pureza tranquila; la que cumpliera «el servicio obligatorio universal contra la naturaleza» que prescribe Nordau.

El primero entre los trabajos es el del campo. Así se llama justamente á los hombres que á él se consagran, *labradores*, contracción de *laboradores*, esto es, *trabajadores* por antonomasia.

El labrador es casto, es sobrio, es robusto, es bueno. Todo es cuestión de glóbulos rojos en la sangre y armazón amplia en el recio esqueleto. Y tales riquezas fisiológicas no se adquieren en la ciudad, incubadora de tísicos, sino en el campo, templo augusto de la vida.

No está hecho el hombre para vivir en colmena. La virtualidad de su especie le dota de aptitudes formidables para la lucha por la existencia, y por propio bien no debe emplearlas en daño de sus hermanos, sino en el íntimo dominio de la Naturaleza. De aquí que todo pensador honrado debe sentir con Nordau lo necesario de la propiedad colectiva del suelo, distribuida por el Estado en lotes vitálicos.

Nordau es uno de esos hombres de los que puede decirse que el sol no se pone en sus dominios intelectuales. Dotado de una gran cultura humana, posee, además, una extensa y varia cultura científica y literaria. Y este consorcio de condiciones produce un estilo soberano, que en algo me recuerda la vivacidad poderosa de Schopenhauer, contra el que siente una cierta secreta animosidad Nordau. Sabido es de los que me conocen un poco, que para mí «Schopenhauer es Dios»—*Alah il ilah*.

Nada más hermoso que los cuadros que pinta Nordau del campo, en la novela preciosamente traducida por Nicolás Salmerón (el hijo del gran filósofo), cuadros en que domina un purísimo encanto de la Naturaleza. Este encanto es un sentimiento casi religioso en la poesía alemana. No es sólo la razón que da Llorente del contraste que con la larga noche del invierno ofrece el súbito florecimiento de la vida y la fiesta de la primavera, sino antes que nada la idealidad del genio alemán. Países meridionales en que la Naturaleza está casi perpetuamente vestida de domingo, el indio, por ejemplo, han sentido en su poesía este en-

canto mágico, con igual intensidad que esos otros donde el sol, vencedor de un sombrío invierno, se enseñorea jubiloso de la tierra, ufano como el recién casado que toma posesión de una adorada esposa.

—«¡Es todo tan hermoso! dice Eynhardt en *El mal del siglo*.—«¡Las montañas, el bosque, el verano y nuestro amor! ¡Y dentro de algunos instantes todo habrá pasado! ¿Podremos ser aún tan felices? ¿Nos volveremos á encontrar alguna vez aquí, los mismos, en la misma Naturaleza?

»Nada dijo ella, pero le permitió buscar la respuesta en sus labios rojos, que se ofrecían á él.»

Pero este Nordau que es tan poeta (aunque otra cosa entienda la crítica femenil de nuestras poetisas, y piense lo que quiera Pompeyo Gener, ese último primo de la historia, que sin duda se figura estamos los españoles, ya que no en la edad de piedra, en la edad del pavo todavía), es uno de los mayores anti-poetas conocidos. Algo semejante á lo que le acontecía á Platón, tan enemigo de los poetas—aunque enemigo reverente—y tan poeta él mismo.

Con el mismo vigor analítico con que ha hecho su disección social en *Las mentiras* hace Nordau la disección literaria en *Degeneración*. La distinción entre el genio sano y el genio desequilibrado—el «degenerado superior» que se dice—es capital. La existencia del primero es incontestable: bastan para probarla un Sófoles en la edad clásica y entre los modernos el César Augusto de la poesía, Goethe, que por el áureo y espléndido equilibrio de su genio recuerda á Homero. Y la poesía también cesárea de Quintana, el último romano, verdadera poesía patricia, lo justifica de un modo grato para los españoles.

Pero incontestable también el segundo tipo que ha hecho decir con una exageración exclusivista, «el genio es una neurosis.» Al lado de Velázquez, tan «sano» (*las palabras entre comillas son una fórmula*, como dice con su terrible ironía Nordau), ved la fiebre de Ribera, que es un Velázquez neurótico, según la expresión, no sé si consignada por escrito, pero á lo menos verbal, que conozco de nuestro profundo Giner. En otro orden, el genio de un Alejandro, el último semidios del helenismo, como me atreví á llamarle en una de mis improvisaciones escolares, genio que se funda capitalmente en una cierta grandeza pasional, es un genio de desequilibrio. Byron, el Prometeo romántico, aparece notorio que era un gran degenerado.

Pero Nordau rebaja demasiado el valor de las formas poéticas y artísticas del misticismo. Será una histeria, una neurosis, pero esta neurosis, que, infiltrada en las formas del arte, contrasta tanto con esa literatura callejera que hace pensar si el mundo, en vez de finalizar por algún apocalipsis, se morirá buenamente de risa, esa neurosis es una imposición eterna del mundo objetivo. Hay en todo lo que vemos un profundo misterio. Hay en todo lo que vivimos un punzante dolor. El hecho más íntimo de la vida lo constituyen el ensueño y el dolor. De aquí el misticismo.

Lo sublime, que es el infinito de la belleza, es triste. Lo es el cielo estrellado. Lo es el mar, que aun en sus bellas horas de calma, tiene una magnífica tristeza que hace pensar grandes cosas á los poetas. Por eso á Nordau no le gusta el mar.

La sublimidad humana es triste siempre. En todo gran dinamismo, en las formas más expansivas y altas de la vida, hay una inestable viva tendencia, que es una viva angustia, un anheloso dolor. La poesía del dolor es casi toda la poesía humana.

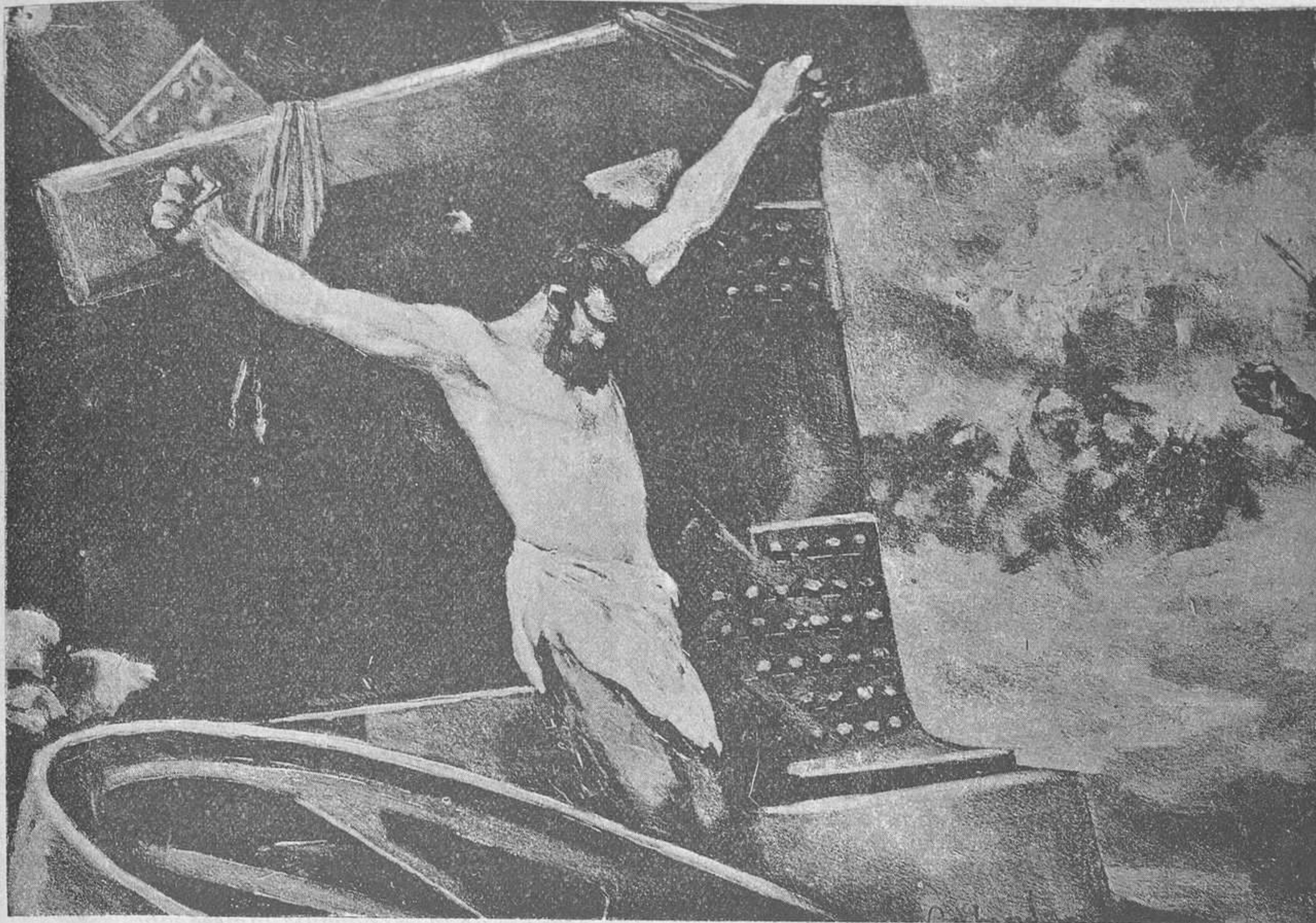
Esta melancolía en el arte conduce á una serenidad clásica que la estética schopenhaueriana ha realizado brillantemente en Wagner. Ciertamente que á mí, y supongo que á otros adoradores de Wagner, me ha parecido percibir en sus pagodas musicales una cierta morfinia intelectual, que da un placer enfermizo. Pero no puede concluirse de esto que Wagner, como quiere Nordau, obra principalmente sobre el histerismo hipnotizándole.

Aunque notable la idea no acaba de ser justa. No hay que olvidar la exacta característica de Stuart Mill si se quiere hacer la ciencia del arte: la ciencia es asociaciones sucesivas de ideas, el arte asociaciones sincrónicas. Lo inconsciente no es una fantasía de pesimista, es ya un dato de la ciencia positiva. La irrupción de lo inconsciente en nuestro pensamiento mediante la música de Wagner en su profundo sincronismo, no es una caída, sino una asunción ideal del sentimiento artístico, hijo divino de lo inconsciente, como lo es el sentimiento entero, donde lo inconsciente reina como dios y padre. Por esto la lógica del sentimiento es otra cosa que la dialéctica de la razón.

Y ahora que he procurado haceros ver el hermoso mundo espiritual de Nordau, ¿me preguntaréis por su vida?

¿Para qué queréis saberla? Su vida es su obra.

ENRIQUE MALDONADO.



Á CRISTO.

Te llaman la miseria y los pesares,
 Hambre que gime, cólera que estalla,
 Y en el fiero trajín de la batalla
 Tus hijos que se matan á millares.
 Oficia la mentira en tus altares
 Y gobierna á tu pueblo la canalla;
 Oye si no la voz de la metralla.
 Rugiendo por las tierras y los mares.
 La dinamita á gritos te ha llamado,
 Nada hiciste al morir, grita iracundo,
 Este mundo irredento y desquiciado
 Quiere tu sangre, manantial fecundo;
 Baja otra vez á ser crucificado,
 Vuelve, Señor, á redimir el mundo.

MANUEL PASO.

OBRA DE TODOS.

La actual organización social es insostenible. Producto complejo de la mixtificación sistemática de los principios abstractos proclamados por la Revolución francesa y de los restos aún subsistentes de las instituciones tradicionales, se mantiene sólo en un equilibrio inestable que ni satisface el espíritu científico ni consiente la realización del progreso sino á medias, erigiendo en ley de vida la injusticia y la arbitraria desigualdad de condiciones entre los hombres.

Esto origina la cuestión social que proletarios y burgueses han dado en llamar cuestión obrera con ese instinto de la muchedumbre que va derecha á lo que abulta y sólo se fija en lo que resalta. Las instituciones tradicionales que hoy rigen en la sociedad, la religión, la monarquía, las leyes económicas, los poderes políticos, la constitución de la familia, se han transformado sólo en la apariencia por obra del gigantesco esfuerzo que realizó la Revolución francesa en pro de la emancipación del hombre. Del misticismo revolucionario que inspiró aquella sublime epopeya sin igual en la historia, quedan hoy desbaratados y maltrechos, el parlamentarismo que degenera en farsa, el ruín engendro de la monarquía constitucional, la democracia nominal y la oligarquía de hecho, mientras en las costumbres ramplonas de la burguesía semi-culta predominan con avasallador imperio, el *snobismo* que fustigó Tackeray y la cursilería, sierva de la moda.

Hoy se cree poco en Dios y mucho en el dinero que se considera erróneamente como la recompensa del mejor y del más hábil en una sociedad en que existen como pilares inquebrantables de las instituciones, la herencia, el agio, la explotación del débil, el juego, la prostitución, fuente y origen de las fortunas, con la exclusión del trabajo. A esto conduce una organización social defectuosa basada en el principio aparentemente liberal de la libre concurrencia... de los que pueden concurrir.

Schäffle ha dicho que la cuestión social es una cuestión de estómago; es también una cuestión de solidaridad y de justicia. Si ley de vida es la lucha por la existencia, ley de vida es también la selección de las razas, y la organización actual fundada en un individualismo salvaje en el fondo y refinado en la forma, semi-anárquico y caprichoso, propende fatalmente á la degeneración de la especie, por la exclusión de los más que pudieran ser los mejores, ó generarlos.

A nombre de la democracia se combate el socialismo; invocando la libertad, se rechaza la organización social del trabajo; creyendo servir al progreso, se va mixtificando con lo tradicional lo científico, ¿cabe mayor absurdo? Hombres que proclaman como prin-

cipio primordial de la democracia el sufragio universal, niegan que el Estado pueda legislar sobre las horas de trabajo y el mínimo de salario. La soberanía que el sufragio concede á las masas es irrisoria mientras el obrero esté incapacitado, intelectual y económicamente para ejercerla de hecho. Embrutecido por el trabajo mecánico, extenuadas sus fuerzas por la mala y deficiente alimentación, falta de instrucción, desprovisto de medios para llenar cumplidamente ninguna función social, decir al proletario que con el sufragio él es el amo, sin condicionarle para que su soberanía sea real y no ficticia, capacitada y no contraproducente, es atarle primero y aconsejarle después que coja la luna con la mano.

* * *

El socialismo, el régimen económico basado en la transformación de la propiedad y su carácter social, es la sanción eficaz de la democracia; es la garantía de la soberanía popular incompatible con el privilegio, con el monopolio, con la producción individual de la riqueza, con el agio mercantil y la explotación del hombre. ¿Qué libertad es esa tan feroz que se traduce en la irritante tiranía del azar de la varia fortuna? ¿La libertad de *contratar el suicidio* ó la de comerciar con el hambre? La libertad es el medio y el impulso para realizar la justicia, no el ardid de guerra de la codicia para lucrarse ni del privilegio para mantenerse y ser transmitido. ¿Y qué valen los derechos del hombre sin el indispensable derecho á la vida y al trabajo?

Consideran los burgueses cerrado el ciclo de la emancipación humana con la conquista de esa libertad fría y sin entrañas que degenera en la tiranía abominable del capricho, motejan al Estado de administrador costoso y malo, declaran imposible, utópica, la constitución de un Estado socialista, niegan el desenvolvimiento natural de las sociedades, la evolución fatal de las instituciones y viven contentos con las immoralidades y las corruptelas que hoy deshonran y empobrecen á las naciones. Pero la idea del socialismo va abriéndose camino y á los lamentos que pueden trocarse en rugidos de furor, de los miserables que tortura el hambre y abate el dolor, se junta cada vez con más estrecho vínculo, la amenaza de ese poderoso núcleo de pensadores, filósofos, hombres de ciencia que execran las injusticias y las infamias de este odioso mundo de la corrupción y de la mentira. Y este núcleo formará, como dice Nordau, la intrépida vanguardia que ha de poner sitio y arrasar la fortaleza de la mesocracia imperante.

Todavía en la esfera política no ha terminado la obra de la burguesía empezada en la revolución francesa. Quédale por realizar el afianzamiento inconvencible de las conquistas democráticas y la solución del problema político, implantando la forma de gobierno republicana, organizando el sufragio, expresión

de la soberanía, secularizando la vida social y subordinando el poder al derecho como permanente estado de cosas que facilite y allane el desenvolvimiento normal de ideales progresivos. Pero á esta obra ha de coadyuvar el proletariado, libertado por la República de la tiranía del capital por medio de reformas sociales que garanticen el derecho de todos á la vida y al trabajo y supriman en absoluto la explotación del hombre por el hombre. Y sobre esta base, realizará el proletariado, guiado por los hombres de inteligencia y de corazón, su emancipación económica, asiento de una verdadera y fecunda democracia.

* * *

Quieren hoy los llamados del partido obrero, pidiendo para ellos lo que condenan en los burgueses, la dictadura del proletariado. Pretensión absurda: se gobierna para todos, no en provecho exclusivo de una clase; hubo un Estado teocrático y lo derribó el poder secular, un Estado aristocrático, y con él acabaron los monarcas; un Estado autoritario de derecho divino, y de la revolución francesa ha surgido un Estado mesocrático que perecerá también, quizá anegado en sangre. Perecería igualmente la dictadura obrera: no hay ninguna clase social que por su solo esfuerzo se emancipe; el concurso de la inteligencia es necesario; quien tremola más alto la bandera de las reivindicaciones del proletariado es la Ciencia, y la Ciencia es mesocrática.

El gobierno de todos para todos: la democracia pura en su forma genuina: la República, puede sólo aportar el terreno firme en que se desenvuelva el progreso social y preparar la emancipación del proletariado, extirpando la explotación del trabajador, acabando con los privilegios y los monopolios, liquidando las instituciones existentes. El sentimentalismo de las masas azotadas por la miseria y la ignorancia; la podredumbre que roe y devora á la burguesía escéptica y degenerada; las estrofas inspiradas del poeta; la visión luminosa del artista; las meditaciones del pensador, y, por encima de todo, los descubrimientos de la Ciencia, trabajarán de consuno por realizar esa aspiración sublime del progreso humano. Obra de todos para que la revolución social se realice, es la implantación de la República.

* * *

Y así se habrá consumado la obra de emancipación iniciada por la revolución francesa; ese será el término fatal del predominio de la clase media y de la revolución social surgirá, según la frase de Blanqui, un Estado de Amor y de Justicia, sin Dios ni amo.

N. SALMERÓN y GARCÍA.

Cuentos Nuestrós.

EL REY DE LA MÁSCARA.

(CUENTO COLOR DE SANGRE.)

I.



El cura de San Rosendo de Gundar,—un viejo magro y astuto, de perfil monástico y ojos enrojecidos y parduzcos como de alimaña montés—regresaba á su Rectoral á la caída de la tarde después del rosario.

Apenas interrumpían la monotonía del campo, aterido por la invernada, algunos álamos desnudos, el camino cubierto de hojas secas, y allá, en un recodo, flotando en el rosado vapor de la puesta solar, el eterno retablo de ánimas de las encrucijadas medrosas, al pie del cual la alcanzaba destinada á la limosna, mostraba—descerrajada y rota—el vacío fondo. Estaba la Rectoral aislada en medio del campo, no muy distante de unos molinos: era negra, decrepita y arrugada, como esas viejas mendigas que piden limosna, arrojando soles y lluvias, apostadas en las orillas de los caminos reales. Como la noche se venía encima, con negros barruntos de ventisca y agua, el cura caminaba de prisa, mostrando galguesca ligereza. Era uno de aquellos cabecillas tonsurados que, después de robar la plata de sus iglesias y santuarios para acudir en socorro de la facción, dijeron misas gratuitas por el alma de Zumalacárregui. A pesar de sus años conservábase erguido: llevaba ambas manos metidas en los bolsillos de un *montecristo* azul, sombrero de alas é inmenso paraguas rojo bajo el brazo. Halagando el cuello de un desdentado perdiguero, que cazaba mosquitos en la solana, entró el párroco en la cocina á tiempo que una moza aldeana, de ademán brioso y rozagante, ponía la mesa para la cena.

—¿Qué se tragina Sabel?

—Vea, señor tío...

Y Sabel, sonriente, un poco sofocada por el fuego, con el floreado pañuelo anudado en la nuca para contener la copiosa madeja castaña, con la camisa de estopa arremangada mostrando hasta más arriba del codo, los brazos blancos, blanquíssimos; rubia como una espiga, mohina como un recental, frondosa como una rama verde y florida, mostraba sobre la boca del pote, la fuente de *filloas*—plato clásico y tradicional con que en Galicia se festejan las carnestolendas.—Católas el cura con golosina de viejo sensualista, y después, sentándose en un banquillo al calor de la lumbre, sacó de la faltriguera un estrenzado de negrísimo tabaco, lo picó con la uña, restregando el polvo entre las palmas y procediendo siempre con mucha parsimonia, lió el pitillo y lo encendió en un tizón que apartó del lar.

No bien hubo acabado esta operación cuando los tenaces ladridos del perro, que corría desalentado de un lado á otro, parándose á arañar con las uñas en la puerta, le obligaron á levantarse para averiguar la causa de semejante alboroto.

—¡Condenado animal! ¿Estará rabioso?—interrogó Sabel un poco inmutada:

—¡Rabioso, buena ganál! Si estuviese rabioso no ladraba así.

A esta sazón rompió á tocar en la calle tan estentórea y desapacible murga, que parecía escapada del manicomio del infierno: repique de conchas y panderos, lúgubres mugidos de bocina, sonos estridentes de guitarras destempladas, de triángulos, de calderos.

Abrió Sabel la ventana escudriñando en la obscuridad.

—¡Pues si es una mascarada!—dijo volviéndose.

Apenas la divisaron los murguistas empezaron á aullar dando saltos y haciendo piruetas; penetrando en la casa con el vocerío y llaneza, de quien lleva la cara tapada. Eran hasta seis hombres, tiznados como diablos; disfrazados con prendas de mujer, de soldado y de mendigo; antiparras negras, larguíssimas barbas de zorro, sombrerones viejos, escobas mojadas en aguas mal olientes, estereras llenas de agujeros, refajos remendados, todos guñapos de trapería, sórdidos, húmedos, asquerosos, que les hacían de repugnante agüero. En unas angarillas traían un espantajo, vestido de rey ó emperador, con corona de papel y cetro de caña; por rostro pusieronle groserísima careta de cartón, y el resto del disfraz lo completaba una sabana blanca.

Instóles el cura con tosca cortesía á que se descubrieran y bebieran un trago, más ellos lo rehusaron farfullando cumplimientos, acompañados de visajes, genuflexiones y cabeceos grotescos. Habían posado las angarillas en tierra, asordaban la cocina, embullando muy zafiamente al eclesiástico y á la moza, que no por eso dejaban de celebrarlo con risa franca y placentera; solamente el perro, guarecido debajo del hogar, enseñaba los dientes y se desataba en ladridos. El párroco insistía en que habían de probar el vino de su cosecha, y acabó por incomodarse; mejor no se

hacía en diez leguas á la redonda; era puro como lo daba Dios, sin porquerías de aguardientes, ni de azúcares, ni de campeche... Encendió un farolillo, descolgó una llave mohosa de entre otras muchas que colgaban de la ennegrecida viga, y descendió la escalerilla que conducía á la bodega.

Desde abajo se le oyó gritar:

—¡Sabel! trae el jarro grande.

—¡Voy, señor tío!

Y dicho y hecho; apartó del fuego la sartén, descolgó el jarro, y desapareció por la oscura boca que la tragó como un monstruo. Entonces, uno de los enmascarados se acercó á la ventana y la abrió lentamente, procurando no hacer ruido. Una ráfaga de viento apagó el candel, dejando la habitación á oscuras. Sólo se distinguía el fulgor rojo, sangriento de la brasa, y la diabólica fosforescencia de las pupilas del gato, que balanceaba dulcemente la cola adormilado sobre la caldeada piedra del hogar. De repente reinó profundo silencio. Una voz murmuró muy bajo:

—¡No pasa un alma!

—Pues andando...

Buscaron á tientas la puerta, y desaparecieron como sombras. En la escalerilla de la bodega resonaban ya las pisadas de los huéspedes. Sabel venía delante y se detuvo, sin atreverse á andar en la obscuridad. Por la ventana que los otros habían dejado abierta, alcanzaba á ver el cielo anubarrado, y el camino blanco por la nieve, sobre el cual caía trémulo y melancólico el lunar.

—¡Se han ido!

Y Sabel tuvo miedo sin saber por qué.

—¡Qué granujas! Ya volverán—contestó el cura que venía detrás con el farolillo.

¿Cómo no habían de volver? Allí, en medio de la cocina, estaba el rey, grotesco, en su inmóvil gravedad, con su corona de papel, su cetro de caña, el blanco manto de estopa, la hierática faz de cartón... Sabel, ya repuesta, adelantó algunos pasos y le acercó el jarro á los labios.

—¿Quiéres beber *viño*?

Al separarlo, después de un segundo, la careta se corrió hacia abajo, descubriendo una frente amarilla, unos ojos vidriados, pavorosos, horribles!!!

—¡María Santíssima!—gritó la muchacha horrorizada retrocediendo hasta tropezar con la pared.

—¡Qué damita eres tú!

—No... no... señor tío, ¡pero... es un difunto!

Y, estrechándose contra el viejo, se aproximaba palpitante, con ese miedo de las mujeres del pueblo que las impulsa á mirar, á acercarse, capaz de cerrar los ojos y de huir. El párroco tiró de la careta con resolución. Luego alzó el farol por encima de su cabeza, proyectando la luz sobre el inmóvil y blanco enmascarado. Miróle atentamente, dilatados los ojos por la ávida mirada del estupor, y bajando el farolillo, que temblaba en su mano agitada por bailoteo senil, murmuró en voz demudada y ronca:

—¿Tú le conoces, muchacha?

Ella respondió:

—Es el señor abad de Bradamín.

—Sí... mañana le aplicaremos la misa por el alma.

Sabel temblaba con todos sus miembros; y gemía preguntando qué hacían, lamentando su mala estrella, lo que iba á ser de ellos si la justicia se enteraba.

—¡Tío... señor tío!—siseó—podemos avisar en el molino.

El cura meditó un momento.

—No; ahí menos que en ninguna parte. Me parece que conocí á los dos hijos del molinero. Pero podemos enterrarlo en el corral, junto á los naranjos.

—¿Y si lo descubren los perros como al criado del señorito de Sebran? ¿no se recuerda?

—Pues con él aquí no hemos de estarnos. ¿Hay tojo?

—Alguno hay.

Entonces el párroco fué á la ventana y la cerró, cuidando de poner la tranca, y lo mismo hizo con la puerta.

—Ahora cumple hacer callar ese perro. Al que llame no se le contesta; ¡así se hunda la casa! gientendes?

Quitóse el levitón, y empuñando una horquilla bajó á la bodega. A poco volvió con un inmenso haz de tojo y otro de paja; los dejó caer de golpe delante de Sabel, que estaba acurrucada junto á la lumbre, gimiendo, con la cara pegada á las rodillas, y la ordenó que pusiese fuego al horno. La otra se enderezó sumisa, sin dejar de temblar, pálida como un espectro...

No tardaron las llamas, con música de chisporreos y crujidos de leña seca, en cubrir la chata y negra boca del horno; se alargaban, llegando hasta el medio de la cocina, como una bocanada de aliento inflamado; sus encendidos reflejos daban á la lívida faz del muerto, apariencia de vida. El cura le desató de las angarillas, y haciendo á Sabel que se apartase, metióle de cabeza en el horno; pero como estaba rígido, fué preciso esperar á que se carbonizase el tronco para que el resto pudiese entrar. Cuando desaparecieron los pies, empujados por la horquilla con que el párroco atizaba la lumbre, Sabel casi exámine se dejó caer en el banco.

—¡Ay! ¡Nuestro señorío, qué cosa tan horrible!

Su tío la dijo que si bebía un vaso de vino cobraría ánimo, y para darla ejemplo, se llevó el jarro á la boca, donde lo tuvo buen espacio. Sabel seguía lloriqueando.

—¡De por fuerza lo mataron para robarlo! otra cosa no puede ser. ¡Un bendito de Dios que con nadie se metía! ¡bueno como el pan! ¡respetoso como un alcalde mayor! ¡caritativo como no queda otro ninguno! ¡Virgen Santísima de los Dolores, qué entrañas tan negras!

De pronto se levantó, y con esa previsión que nace de todo recelo, barrió la ceniza y tapó la boca del horno, temblándola las manos.

El cura sentado en el banco, picaba otro cigarrillo, murmurando con sombría calma:

—¡Pobre Bladamin! ¡Vaya una hornada!

R. DEL VALLE-INCLAN.

RÁPIDA.

APRÈS LOS DOS PAÑOS.

¿A quién se cree?

Los unos dicen: el Presidente del Consejo de Ministros de la Monarquía ha atropellado á la Monarquía en su representante, ha faltado al más elemental de los respetos, es la sombra de Olózaga que reincide.

Los otros contestan: No es cierto; la Monarquía ha faltado á sus deberes constitucionales y ha tenido que rectificar. Las camarillas del tiempo de Isabel II resurgen.

Los que tal hablan son los monárquicos.

De creer á los unos, los fundadores y mantenedores de la Monarquía la desacatan.

De creer á los otros, la Monarquía no se muestra muy conforme con las exigencias del sistema que la sostiene.

¡Qué bonita jugada!

Après los dos paños.

¡Hagan juego, señores!

D.

EVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA.



La República venidera, mejor que venidera próxima en España, será necesariamente social; porque nuestra democracia sigue la evolución general europea caracterizada por Italia y Francia que han dado una lección elocuente á los que aún creen compatible la democracia con la monarquía ó entienden que en la palabra República están simbolizadas todas sus aspiraciones democráticas.

Republicanos decididos, no podemos negar que los ensayos de República de 1848 en Francia y 1873 en España han enfriado los entusiasmos de los demócratas de toda Europa y así se comprende que los héroes de las barricadas dirigidos por Carlos Marx, Miguel Bakunin, Blanquí y otros, de Berlín, Dresde, Viena y París, son hoy resueltamente socialistas dispuestos á hacer sacrificios sólo por una República Social.

Justifica esta actitud la República creada en Francia por Gambeta y Thiers después de la *débañe* del Imperio; República que es el feudo de los «reyes del capital», y se sostiene gracias á la actitud amenazadora de Alemania y por conveniencia del autócrata ruso. En ningún país ha atropellado la policía tan brutalmente las manifestaciones obreras como lo hizo Constand en la República Francesa; que violó á diario los fueros de la libertad expulsando á los emigrados rusos, alemanes é italianos y uniéndose á Rusia y Alemania para bombardear á los griegos. ¡El Presidente Faure abrazando á los dos tiranos del Norte y al Sultán de Turquía! ¡La desgraciada Polonia protegida noblemente por todos los Gobiernos franceses, abandonada por la República! Esta es la República de quien dirá la historia: que era brutal por dentro, servil por fuera y feudataria de la plutocracia.

Menos bochornosa ha sido la suerte de la democracia italiana cuyos prohombres realizan hoy desde el poder los ideales por los cuales lucharon y sufrieron en su juventud; y si no siguieron á Garibaldi adhiriéndose al Socialismo Internacional, es sin duda porque el colectivismo marxista no ha formulado aún un programa de gobierno, una transacción entre el ideal y las circunstancias actuales, como lo presentamos nosotros en España y los republicanos-socialistas Rochefort, Clemenceau y Goblet en Francia; transacción que es indispensable para que el movimiento socialista se cristalice en resultados concretos políti-

cos. Así vemos el hermoso espectáculo que ofrece el prohombre «italiano conservador», Luzzatti, dirige las reformas sociales de cajas de ahorro, accidentes, etc., que aquí en vano intentó crear el malogrado Pedregal.

Sin ser injusto con los esfuerzos nobles del citado repúblico y otros como Salmerón y Pi y Margall, no cabe duda que España va muy á la zaga de la evolución democrática indicada. Ni siquiera hemos podido conseguir la destrucción de los «obstáculos tradicionales» que se oponían á que la monarquía se hiciera democrática. El noble ensayo de Amadeo de Saboya fracasó ante las malcrianzas de una aristocracia achulada y las intrigas de los mismos demócratas que como Castelar, tuvieron que arrepentirse amargamente de su falta de sagacidad. Hoy lo lamentan en vano, y Castelar que no supo ser el Garibaldi español, desempeña el papel de Mirabeau, vencido, siempre desairado en sus consejos por la monarquía á quien esperaba democratizar, que se burla del tribuno y de sus esperanzas y busca la alianza del clericalismo y la reconciliación con los carlistas.

Un triste sino esteriliza los esfuerzos de la democracia española: su Garibaldi se convierte en un Mirabeau sin los rasgos de titán de éste; y los Sagasta, Moret, Montero Ríos, etc., son cortesanos serviles que no se atreven á protestar contra el clericalismo invasor, y pierden el tiempo en pequeñas luchas de ambición, mientras la nación se empobrece y los trabajadores huyen de la muerte por el hambre saqueando las panaderías.

Después del fracaso de la monarquía democrática y de la República conservadora en España, sería empeño vano é insensato querer imitar las evoluciones de las democracias de Italia y Francia. Nos perderemos en el absolutismo clerical ó aceptaremos la República Social: no hay otra solución; y los que trabajan contra ésta favorecen inconscientemente la obra del obscurantismo aunque ostenten con legítimo orgullo una vida de sacrificios en aras de los ideales del progreso. Nosotros tenemos nuestro camino claramente trazado: llevar paulatinamente el antiguo movimiento democrático hacia los anchos cauces de la democracia socialista internacional presentando soluciones que armonicen las dos corrientes y atrayendo de ambos campos los hombres de buena voluntad dispuestos á luchar contra la reacción imperante.

A. DE SANTA CLARA.

EL CULTO DE LA NATURALEZA.

El Cristianismo condena como heterodoxa toda personificación de la naturaleza, recomienda que se huya lo peligroso de su comercio, que las almas sedientas de lo bello y de lo sublime se refugien en el amor místico y llega, en su odio á la belleza física y de la forma, á desterrar el desnudo de la pintura. Pero la misma civilización cristiana necesitó para catolizar el mundo pedir auxilio al simbolismo clásico. Las imágenes son ya los nuncios venturosos del Renacimiento, especie de función de desagravios de las ofensas inferidas á la belleza y al buen gusto.

Con el Renacimiento cuya complejión de factores no es del caso indicar, el naturalismo pagano, cual cadáver galvanizado, recobra nueva vida é impulso, aunque se ve por el pronto detenido en su marcha por el estado de los espíritus y muy especialmente por el sedimento de errores y supersticiones que la Alquimia, la Astrología y las ciencias ocultas dejaron depositado en la cultura común.

El amor de la naturaleza evocado de nuevo por el Renacimiento tiene mucho de erudito; es un sentimiento reflexivo, amanerado y de conveniencias, que más se cuida de reproducir la cáscara exterior que de unirse con el sentido íntimo y latente en el clasicismo. Semeja algo parecido al Renacimiento, clásico también, del formalismo romano, aceptado por la primera República francesa, en la cual, sobre todo en la época del Terror, se creía que el más republicano era el que más usaba el gorro frigio y la palabra ciudadano. Ni el Renacimiento artístico del siglo xvi que se continúa á fines del siglo xviii con el romanticismo, ni el del formalismo clásico en lo político de la Revolución francesa restituyen el genuino sentido del amor de la naturaleza y la legitimidad de la belleza de la forma.

En el romanticismo, anunciado quizá primero que en ningún otro país culto en el nuestro con el gigantesco desarrollo del teatro nacional, seguido después á fines del siglo xviii en Francia con Rousseau, Chateaubriand, Lamartine y V. Hugo; en Inglaterra con Byron y en Alemania más tarde con lo denominado *Sturm und Drangperiode*, late una contemplación más ardiente, más simpática y más profunda de las maravillas del mundo visible. El arte romántico, que proclama fuente de toda inspiración la naturaleza, á la cual supedita, á veces exageradamente, hasta la forma

estrabótica de algunas de sus combinaciones métricas, siervas de una soñada armonía imitativa, mezcla el sentimiento de lo natural con las meditaciones del pensador, los paroxismos del amante y los deliquios del místico, renueva la forma más que las ideas, el estilo más que los sentimientos. El imperio absoluto de la imaginación, el abuso del color, el estilo material, el empobrecimiento de la idea aparatosamente expresada en pretenciosas formas, hablar á los ojos y no decir nada á la inteligencia, todo, todo contribuía en la protesta del romanticismo á sustituir lo personal y lo íntimo con apariencias del mundo exterior como fuente de inspiración.

A corregir tan capitales defectos tiende el nuevo movimiento artístico, conocido con el nombre de *realismo* ó *naturalismo*, precedido de un conocimiento más exacto de la naturaleza. Viene preparado y aun anunciado por Humboldt en su obra del *Cosmos*, desenvuelto por el empirismo positivista y formulado en una síntesis prematura pero racional, por las ciencias naturales, que proclaman el *dinamismo general* de las fuerzas físicas, la teoría del *medio natural* como condición del social, y finalmente la concepción del mundo como la suma de agentes que con el nombre colaboran al cumplimiento de su destino.

Al arte llamado modernista toca ahora la misión de probar que la naturaleza, tal como hoy la concebimos, dominada por la inteligencia del hombre; que la naturaleza, que atravesamos hasta en sus entrañas por el vapor; que dominamos con la electricidad y que animamos y vivificamos por todas partes, es más artística y más bella y más digna de amor y respeto que la sonriente pero ignorada y envuelta en penumbra, que la imaginación clásica poblaba de dioses, sílfides y ondinas.

Logre ó no el arte moderno con sus intuiciones contradictorias é incoherentes emancipar la conciencia colectiva del intelectualismo imperante; llegue á la meta ó se quede á mitad de camino con el Proteísmo que le sugestiona; parece indudable que el lastre de la cultura gravita con fuerza incontrastable, imprimiendo al sentido general de la vida direcciones acentuadas contra el predominio del intelectualismo.

Consecuencia del desarrollo portentoso de la maquinaria que ha llegado á límites casi inconcebibles con el descubrimiento de los explosivos y de las aplicaciones de la electricidad, se ha menospreciado la fuerza muscular (y con ella su propio origen, el amor de la naturaleza), apenas utilizable en los escasos é improductivos trabajos manuales, y ha triunfado el *nervio del músculo*. Las neurosis y los desequilibrios, que producen degenerados sin cuento, son lecciones duras, pero sugestivas, con las cuales la olvidada naturaleza corrige los desvíos que injustamente ha merecido de una educación *modernista*, iniciada en el *surmenage* intelectual, que enerva la vida, empobrece la sangre y aminora la fecundidad de la raza.

Errando, errando, deponitur error. Subyugada la naturaleza, ha sido menospreciada hasta en la propia (en nuestro cuerpo), con la cual se ha querido seguir la irracional conducta que censura la fábula de la gallina de los huevos de oro. La exuberancia de vida nerviosa ha atrofiado la muscular al límite de establecer antítesis entre la fecundidad intelectual y la fisiológica (paradoja de Renan). A la dispepsia orgánica acompañan el *tedium vite* y la ictericia moral, síntomas de lúgubres profecías, que anuncian con Nordau la degeneración y el crepúsculo de los pueblos.

A corregir tales vicios tiende en primer término el sentido práctico de los ingleses con la importancia que justamente atribuye á la *educación física* y á la comunión de vida con la naturaleza, fijando el ideal en poseer la casa (*home*) en el campo y en el taller ó gabinete de estudio ó de trabajo en la ciudad. Contra la anemia, hierro; contra el empobrecimiento de la sangre, oxígeno, es el clamor general. Primero es el hombre, *primum vivere* y no se puede vivir como planta de estufa, luego importa el sabio, *deinde philosophari* y no se puede especular (sin caer en el pensamiento delirante del loco) de no poseer la base orgánica sana y equilibrada.

Ahora, en los días que corren, datos incontrovertibles, procedentes de campos distintos obligan á inferir que el cerebro, órgano de superfetación, necesita un soporte fisiológico, cuyo desarrollo requiere comunión de vida con la naturaleza. Más que exigencia de la moda es necesidad imperiosa (*volentem trahunt*) la de *ruralizar* los organismos anémicos de los grandes centros de población.

La Medicina en lo que posee más racional (higiene), la Pedagogía en su parte más positiva y exacta y la Moral en sus preceptos más claros, recomiendan el restablecimiento (ahora intentado) de los juegos olímpicos, las ascensiones al Chimborazo, las excursiones á los Alpes (alpinismo), las luchas al modo de las de Oxford y Cambridge, las regatas, la natación, la esgrima, la vida del campo como recursos terapéuticos para restaurar el perdido equilibrio entre los nervios y los músculos.

Podrá depender todo en la vida casi exclusivamente de la fuerza intelectual (el listo, venciendo siempre al

bueno, y el éxito, volviendo la espalda á los leales), pero se disloca el intelecto y se convierte en cetro de caña (en delirante) cuando no atiende á la base orgánica, que germina, se nutre y crece en comunicación con la naturaleza. Pródiga de medios y avara de fines, fuente de vida, como el amor, pide la naturaleza ser vencida con sus propias armas, no luchando contra ella; la dominamos en cuanto seguimos sus leyes. *Natura parendo vincitur*, dijo Bacon.

U. GONZÁLEZ SERRANO.

EL TRABAJADOR DEL CAMPO EN ANDALUCÍA.

ALGUNOS años hace que no veo el espléndido cielo azul de mi patria, Andalucía, ni respiro el aire puro y embalsamado de sus agrestes montañas, ni distraigo mi vista, ni doy sueltas á mi fantasía, admirando sus pintorescas y poéticas vegas, sembradas por doquiera de olorosas flores.

Pero aún conserva mi mente, dibujada con téticos colores, una impresión dolorosa, la de la triste, tristísima situación del trabajador andaluz, casi comparable á la del antiguo esclavo americano.

Aún me parece que estoy viendo, bajo los ardorosos rayos del sol de mi tierra, durante el estío, cuadrillas de hombres sudando á mares, con el rostro destrozado por las hojas cortantes de la caña de azúcar, labrando ésta por espacio de doce horas, sin descansar más que dos y media, el tiempo indispensable para tomar escasas raciones de un pan más negro que la conciencia de un jesuita, una cebolla, y si acaso algunos trozos de averiado bacalao, más parecido al palo que á otra cosa, pues el mísero jornal que de su pesado y durísimo trabajo obtienen apenas si les alcanza para alimentar miserablemente á sus desventuradas familias.

Aún creo estar viendo campos de trigo en el invierno, blanqueados por la nieve, y llenos de espectros más bien que de hombres, dedicados á las labores propias de tal gramínea, y todo por una sopa desustanciada y unos cuantos céntimos, ó dos ó tres reales solos, con los que no tiene más que para engañar el estómago, que maldice por ley de la Naturaleza al tiránico régimen, que tal ayuno le impone.

Veó á través de mi fantasía, un tanto exuberante á mujeres jóvenes y hermosas—cuyas pieles, curtidas por el sol y el viento, realzan aún más su excitadora belleza—trabajar también en las labores del campo, por unos céntimos, para caer, más tarde ó más temprano, en las garras de los explotadores del deshonor, de los comerciantes de la infamia.

Horrible, abrumadoramente horrible para un espíritu generoso, es cuanto llevo escrito, pero aún lo es más si contemplamos el aspecto de los barrios pobres de las populosas ciudades andaluzas, en la cruda estación de los fríos.

Allí todo es desolación, todo es miseria. No se ven más que rostros famélicos, niños que lloran de hambre y piden pan inútilmente á los desventurados autores de sus días; cuadros, en fin, que inspiran compasión al ánimo más esforzado, y saturan el corazón y el espíritu de todo hombre de sentimiento, de rabia y de despecho, contra un régimen maldito que tales infamias consiente.

Y la indignación crece de punto al considerar que estos famélicos obreros son los que producen, con el sudor de su frente y con los músculos de sus brazos, los granos, frutas y hortalizas que sirven de base al condimento de los soberbios manjares que se posan en las mesas de los explotadores, para producir con ellos los retortijones del hartazgo, cuando seres, por la Naturaleza hechos iguales á ellos, perecen en medio de los agudos dolores del hambre.

¿En qué consiste que en Andalucía la existencia del trabajador sea tan miserable, con relación á otras comarcas españolas?

Pues que allí, la propiedad es de pocos y los estómagos son muchos. Que allí, potentados de la aristocracia del dinero y de la sangre, son dueños de la tierra y no dan participación alguna en sus productos á hombres que también han nacido como ellos para el goce y para la vida.

Muchas veces, cuando tengo que asistir á las sesiones de Cortes y evoca mi mente el recuerdo tristísimo de la situación miserable del obrero del campo en Andalucía, siento envidia á los mal llamados representantes de la nación.

¡Ah! si yo en aquel momento fuera diputado, es tal el entusiasmo que la razón daría á mi palabra, que estoy seguro había de llevar al ánimo de aquellos descreídos la necesidad urgente de obligar á los propietarios de la multitud de leguas de terreno inculto que en Andalucía existe, á cederlo á esos infelices trabajadores á quienes la miseria y el hambre hace á ellos y á sus familias, tributarios de la consunción y de la tisis.

JUAN DE LA ENCINA.

ACTORES JÓVENES.

EMILIO THUILLIER.

ESTUDIA en la vida real los caracteres que representa en el teatro, y no traspasa los límites de lo que podríamos llamar natural ó humano. Conocedor como es de las pasiones, sabe sentir las con fuerza, y si las expresa con algún amaneramiento, debe culparse al género de trabajo escénico que cultiva. Está rodeado de cómicos ñoños que prefieren las comedias llenas de *sensiblerías* y los dramas retóricos en el fondo y en la forma á las obras modernas, tan ideales como ricas en matices psicológicos, y en compañía de esos jornaleros del arte no puede demostrar su talento de actor dramático.

No convienen á Thuillier las obras sin médula que



EMILIO THUILLIER (en Juan José).

escriben los más de nuestros dramaturgos: su arte alcanzaría mayor perfección en las que permiten abandonarse al sentimiento. Tiene conocimiento intuitivo de la psicología colectiva, que se funda en grandes corrientes de odio ó de entusiasmo, y esto le lleva á preferir lo dramático; pues no confiando, como no confía, al gesto la expresión de los sentimientos, lo cómico no se aviene con su temperamento trágico, digámoslo así.

Sus actitudes en el teatro no recuerdan las estatuas de la antigüedad, como afirma Mme. Stael que las recordaba Talma. Le atrae la vida social de estos tiempos en que son enanas hasta las pasiones, y la complejidad emocional que la distingue es opuesta á la calma inalterable del clasicismo. Antes los héroes perseguían altas empresas; hoy son unos ambiciosos de cosas pequeñas y han perdido el relieve que tenían antaño.

Los ademanes de Thuillier no acusan nunca ese furor estudiado que les entra á muchos cómicos al llegar á un pasaje en el cual tienen necesidad de esforzar la voz: los acomoda con dignidad á las situaciones y le sirven para reflejar el estado de alma del personaje. Su voz, clara y extensa, conmueve, y, en ocasiones, estremece, y pasa de la risa al terror y de la cólera al llanto sin violentarse en la apariencia exterior. El lirismo exagerado de los enamorados que idea Echegaray, las pasiones impetuosas que pinta Dicenta, las truhanerías de *Petruchio*, ó la energía que Galdós ha dado á algunos personajes de sus comedias, adquieren en él caracteres de un verdadero realismo en la escena.

Su modo de declamar, no escaso de color, puede degenerar en una recitación fría y monótona, lo que hay de más contrario á los acentos de la naturaleza, si no procura alejarse de los cómicos de que antes hablé, y sus defectos como actor han de crecer si persiste en no entregarse á los dictados de su vigorosa inspiración.

Si por un acto de voluntad, logra sustraerse á la influencia del medio en que al presente está sujeto, acabará Thuillier interpretando las obras maestras de los dramaturgos antiguos y modernos de Europa, y en esas invenciones ideales podrá demostrar lo que vale y lo mucho que puede. De no hacerlo así, seguirá emprendiéndola con las flacas producciones á que están acostumbrados nuestros cómicos, por no tomarse el trabajo de estudiar é instruirse en su arte, y será un cómico más en el país de los generales, de los escritores espontáneos y de los histriones de escalera abajo.

E. ALONSO Y ORERA.

Cuentos

DE TODO EL MUNDO.

LA CONFESIÓN DE UN DIOS.

..... Y esto ocurría en el monte de las Olivas, durante una noche llena de angustias, entre cuyas negruras huía Cristo la siniestra visión de la cruz, con el alma sumergida en el deseo invencible de la vida y la carne erizada con erizamiento doloroso. Jesús, á pesar de toda su grandeza, saboreaba el dejo amargo del sacrificio, sintiendo en el fondo de su sér las fortalezas de la inocencia y las sangrientas esperanzas de la expiación. Era la víctima de un Dios de quien había sondeado las cóleras, sin llegar á comprender la obstinación y la dureza.

Caminaba debajo de los árboles, suavemente agitados por el aliento tibio del cielo, mientras el eco de su corta existencia le metía por el oído adentro el himno de glorias pasadas y de eternos adioses... Contemplaba á los pastores arrodillados bajo el resplandor de la estrella, á los magos de cabellera blanca envueltos por el humo del incienso, á los jóvenes alfombrando su paso con hojas de palma en las calles de Jerusalén, á los pescadores bendiciéndole desde las bordas de sus barcas, á los amigos de Lázaro proclamándole vencedor de la muerte y á Magdalena arrojando sobre sus pies, con los perfumes de Siria, el aliento amoroso de su boca.

La muerte prevista parecía entonces más horrible y más necesaria, porque los orgullos de la vida le amenazaban con agarrarse á su vestidura blanca para detenerle, como hacen las zarzas del camino con el viajero. Érale preciso avivar el paso para no sentir el peso del sacrificio desplomarse sobre sus hombros...

Mientras meditaba rogando á su padre desconocido que le sostuviese en la prueba, una sombra, desprendida de la noche, rozó su cuerpo y Cristo reconoció á Judas, al que debía traicionarle, y cuyos propósitos le eran conocidos.

Judas, que marchaba en el terror de su ensueño, roído por los remordimientos, buscando bajo el silencio de los árboles un refugio, quiso huir; pero Cristo le retuvo, y entablaron el siguiente diálogo:

—¿Por qué quieres entregarme al brazo del verdu-

go?—dijo Cristo.—¿No he sido dulce para contigo y para con los otros? ¿No he sido clemente con tus debilidades? ¿No les he otorgado mi perdón?

—Verdad, señor.

—¿No temes el castigo eterno que te prepara la cólera celeste? ¿No sabes que soy Dios?

—Verdad, señor.

Y levantando hacia Jesús sus ojos, que hasta entonces había tenido bajos, sus ojos en los que brillaba un fuego sombrío, Judas añadió con voz más firme y más resuelta y más dura que antes:

—Por eso he querido castigarte.

Cristo espantado extendió su mano hacia una nube, por uno de cuyos extremos, desgarrado, aparecía el cielo cubierto de estrellas.

Entonces, ensanchando su corazón por largo tiempo comprimido, vomitando la bilis de sus odios, Judas continuó, implacable, estridente, amargo:

—Sí; te creo Dios. Yo sólo, entre esos que supones fieles y que renegarán de ti mañana, te creo el solo creador de todas las cosas, el dueño de todos los destinos, aquél que nos hizo como somos, aquél hacia quien sube desde la cuna ensangrentada de las edades la inútil blasfemia de los vencidos y los sufrientes, por eso es por lo que yo, que te tengo al fin bajo la forma mortal dentro de la que puedes sufrir en tu alma y en tu carne, he gritado á los otros hombres: «Vengaos; desgarrad su frente con espinas; atravesad sus manos; herid su pecho; buscad para él la más larga de las torturas, la que más despacio arranque las fibras palpitantes de su existencia. No hay suplicio que sea bastante infame para él: es Dios.»

Y el inmortal maldito, como sacudido por su rabia, rugía lo mismo que una bestia, con la laringe estremeada, desgarrada y ronca.

Cristo le oía silencioso con los ojos llenos de piedad.

Después de una pausa muy larga, Cristo, con voz preñada de dulzuras, habló á Judas en esta forma:

—Quiero escucharte hasta el final. Dime lo que reprochas al Dios que tienes delante de ti.

Judas más calmado, pero más terrible aún, comenzó el inmenso relato de las quejas de la humanidad contra Dios. Dijo á Cristo las torturas acumuladas sobre el hombre por las contradicciones nativas de su propio sér. La tentación envolviéndole con sus mallas terribles; las razas llevando en sí mismas odios terribles que se lanzan entre ellas como olas furiosas y las mezclan y las confunden en una espuma de color de sangre; las aspiraciones á lo infinito que la muerte desmiente; las lápidas mortuorias que arroja sobre nuestras ternuras vivas; el desgarramiento de los adioses; el amor siempre traicionado; las almas apagando su sed en emponzoñados arroyos; lo incierto que hace que nuestro camino se hunda bajo nuestros pies cuando lo tocan: el misterio de nuestro destino acogotando nuestros cráneos; la edad impía desahaciendo ante nuestros ojos la imagen de la belleza... todo lo que hace la vida odiosa y nos la impone en virtud de una ley que nosotros no hemos reclamado; lo que arroja en nuestras venas una sangre tostada por deseos inextinguibles; lo que hace á nuestra carne ávida de deleites y fecunda en dolores.

Y mientras exhalaba el sollozo inmortal que eleva desde el crepúsculo de los tiempos la humanidad miserable, hacia lo impasible y lo eterno, Cristo le oía silencioso, con la cabeza caída sobre el pecho, como si algún remordimiento inesperado hubiese golpeado su frente.

Tan conmovido estaba el justo que dos lágrimas se balanceaban sobre sus párpados, y aunque el sueño sublime del sacrificio y el martirio ocupaba, como siempre, su pensamiento, sintió esta duda: la de si iba á expiar las faltas de los hombres ó el crimen de Dios.

Y mientras se hundía en el horror misterioso de las responsabilidades divinas y humanas, en el insondable problema que deshace con fatalidades invencibles nuestros proyectos, Judas, acompañando sus palabras con una carcajada burlona, le gritó:

—¡Adiós, por muy Dios que seas, trata de morir como un hombre!

Y el infame, que había vendido á su amigo, desapareció entre las sombras, mientras Jesús alzó nuevamente los ojos al cielo y sintió mayor espanto en su corazón al ver que todos los astros habían desaparecido y que sólo una noche negra se abría para recibir su plegaria, que subía hacia el cielo con las alas rotas.

ARMAND SILVESTRE.

CRONIQUELLA.

LA DICTADURA EN BICICLETA.

FELIZ ha sido la frase y conviene hacerla rodar... nada más justo, después de todo, tratándose de una dictadura que viene sobre dos ruedas!

Pero, ¿de veras es eso una dictadura? ¿Puede regocijarse Armando de L'Iniers, y con él los que esperaban de un dictador el remedio á las desgracias nacionales?

Creo que no, y si hay alguien que piense lo contrario proclamando la majestad de «Camilo I» (le pongo entre comillas para que resalte), convengamos en que el tal dictador, levantado por los periódicos, es un dictador de papel, ó si se quiere de á perro chico.

Pero, ¿eso sí! convengamos también en que el general se ha acomodado á las exigencias de los tiempos.

El actual momento histórico es completamente bufo, y el general

*hace primeros papeles
y á veces el entremés,*

en la comedia del día, que más bien es ópera, porque todo es música.

¡Ópera, ópera!... Para salvar á esta patria, Elsa desgraciada y perseguida, hace falta un Lohengrin modernizado, y Polavieja viene á cantarnos el *raconto*, conducido desde lejanas tierras á estas playas hospitalarias, no por un cisne, como el caballero de la leyenda, ni siquiera por un ganso, símbolo del espíritu nacional... ¡Viene conducido por una bicicleta!

¡Qué decadencia tan lamentable! ¿Recordáis el tipo del dictador, tal como se ve reproducido en cuadros y en estampas? Alto, fornido, sano, robusto, vistiendo marcial uniforme, casi siempre adornado de cruces, sujetando con una mano las riendas de su fogoso caballo como si quisiera contener sus ímpetus, y empuñando con la otra la triunfadora espada, cuya hoja brillante deslumbra... Mirad el dictador de estos tiempos... Al lado de cruces bien ganadas, ostenta las cruces de los frailes de Filipinas y las cruces que todos nos hemos hecho por sus heroicidades; en una mano el *Heraldo*, donde se ve su hoja de servicios, y en la otra el *guía* de la bicicleta... ¡también en forma de cruz!

No de otro modo podía presentarse, y yo por mi parte creo que la bicicleta todo lo simboliza... Sus neumáticos se llenan con el aire... colado del entusiasmo de las ovaciones populares, sus ruedas se engrasan con el aceite rancio de las lámparas de los conventos, y el sillín es algo respetable sobre lo cual ha puesto el héroe la parte más flaca, aunque más gorda, de su individuo...

Regocójense, pues, las marcas Richet, Rudge, Witworth, Arab y otras no menos respetables, llamadas á figurar en los documentos oficiales... Entristézcase, en cambio, el simpático Lozano, que ya no podrá llamarse campeón de España... Y preparémonos todos á montar en bicicleta para no caer en el enojo del dictador...

¡Pero, por Dios, general!... Si V. M. quiere subir la cuesta ¡échese pa alante!, y si quiere bajarla ¡un poquito de contrapedal!... aunque este *Pedal* no sea Juanito, ese Antonio Pérez del nuevo y flamante Felipe II... de guardarropía!

GIL PARRADO.

(Firma)

LAMENTACIÓN NOCTURNA

DE UN PASTOR ERRANTE POR ASIA,

DE LEOPARDI.

Saber quisiera, silenciosa luna de tu vida en el cielo. ¡Oh luna! Dime ¿Cuál es tu vida? Dime. De la noche surges y lenta vas contemplativa, ocultándote al fin. ¿Y no te cansa seguir la misma sempiterna ruta, que puntual acudes complacida á estos desiertos valles? Bien semeja la del pastor tu vida. A los albores despierto, diligente su rebaño por el valle conduce; en su camino otros rebaños halla, y ven sus ojos hierbezuelas y alguna fuentecilla. Llega la noche, fatigado duerme y mayor bien no espera. Dime, ¡oh luna! ¿De qué vale al pastor su triste vida, la tuya á ti? ¿Ni para qué aprovechan mi breve vida errante, fatigosa, y tu curso inmortal? Caduco viejo, andrajoso, descalzo y á la espalda zurrón que agobia, por llanura y monte, por guijos, areniscas y breñales, á las lluvias, al viento, á la deshecha tempestad, á los hielos y solanas, camina, sube, corre, ya torrentes salvando, ya aguazales, y anheloso ya tropieza, ya cae, ya se levanta; sin tregua, sin reposo, ensangrentado,

rendido, sigue hasta llegar adonde al torcer del camino su fin halla el rudo caminar; inmenso abismo donde al caer por fin precipitado se olvida todo. La existencia humana ¡oh luna virginal! no es de otra suerte. Nace el hombre á penar y duro riesgo de morir es nacer; dolor y llanto le acogen, y al comienzo de la vida sus propios padres consolarle intentan de haber nacido; crece y ya del uno ya del otro, los brazos le soportan; y con dulces palabras y caricias, amorosos le animan y consuelan de la penosa condición humana. Ni más grato deber tienen los padres para sus hijos. ¿Y tan triste vida, que de vivir es fuerza consolarnos por qué perpetuar? Si desventura es el humano sér, ¿por qué vivimos? Tal es, ¡oh! eterna luna inmaculada la triste condición de los mortales. Mas tú no eres mortal y nada acaso de mis palabras ni de mí te cuidas... Mas ¿por qué no? si errante y solitaria, peregrina inmortal, contempladora, sabes la vida terrenal qué sea, qué sea el padecer de los mortales y su anhelar sin fin, y qué la muerte; descolorarse el animado rostro, perecer en la tierra, separarnos de acostumbrada, dulce compañía. Tú de cierto comprendes y penetras el por qué de las cosas; ves el fruto de los días y noches, del perpetuo infinito transcurso de los tiempos. Tú sabes á qué amor la primavera dulce sonría, del ardiente estío quién goza, á quién el aterido invierno provechos rinda. ¡Oh, luna! cuántas cosas descubres y penetras ignoradas del mísero pastor. Cuando te miro muda, sobre las yermas soledades, que en lejano confin al cielo tocan; ó compañera familiar, seguirme al conducir errante mi rebaño; al contemplar los astros luminosos, me pregunto, inquiriendo pensativo: ¿Para qué tanta y tanta lucecilla? Para qué los espacios infinitos y la profunda inmensidad del cielo, y estos extensos solitarios valles, y yo mismo... ¿qué soy? Así conmigo razono, y de la fábrica soberbia del universo, de la humana prole innumerable, de la vida toda, de la perpetua acción y el movimiento de cuanto existe, del girar sin tregua del mundo de los astros y los soles para volver al punto de partida; utilidad alguna, fruto alguno no acierto á percibir. Mas tú lo sabes, ¡oh, joven inmortal!; tú ves el todo. Yo no puedo saber, mas si presumo, que del girar perpetuo de los astros cual de mi frágil sér, quizá otros seres el bien perciben. Para mí la vida es un mal. Cuando veo mi rebaño, que á la sombra reposa, cómo envidio tu apacible descanso. Tú no sabes de tu mísera vida; cuán dichoso me pareces, no ya porque te veo sin ambicioso afán, y que al olvido das pronto las fatigas, los dolores y sobresaltos; sí, porque del tedio jamás sentiste la angustiosa pena. ¡Qué apacible quietud en ti se advierte cuando sobre la hierba y á la sombra reposas, y gran parte de tu vida no de otro modo pasas, sin que el tedio de vivir te consuma! A mí si acaso, sobre la hierba y á la fresca sombra de un árbol, quietud busco, extraño anhelo me punza y atormenta, y en reposo menos que nunca el corazón en calma, menos que nunca de quietud disfruto. Y nada ansio ni aflictivo caso porque triste llorar hubo en mi vida. ¿Qué puedo yo saber, rebaño mío, cuáles y cuántas son tus alegrías?

Mas dichoso te advierto, y son excesos mis goces, ni los goces echo menos.

Si pudieras hablar te preguntara:

—¿Por qué si al reposar los animales, calma y quietud disfrutan en el ocio, á mí que busco en el reposo calma, tedio invasor, tenaz se me apodera? ¡Ay! si alas yo tuviese con que altivo volar y remontarme sobre el mundo, las estrellas contar una por una, ó cual trueno vagar de cumbre en cumbre, sobre las cimas resonando errante! ¡Oh, cuánto más dichoso, mi destino, entonces fuera! ¡Inmaculada luna! O acaso no, que al penetrar ansiosa de la verdad mi mente, cuanto existe viera como al nacer, en cualquier forma, cualquiera condición, cualquier estado, en cuna ó en cubil, á cuantos nacen es el día natal, día funesto.

Por la traducción,
JACINTO BENAVENTE.

ORGANIZACIÓN ECONÓMICA DEL SOCIALISMO.



HA SE dicho en todos los tonos, por la ignorancia ó el interés capitalista, que el socialismo busca un estado igualitario absoluto y la repartición de los bienes. Y esto, por lo absurdo, no admite réplica.

El socialismo científico ó colectivista, lo que busca, y de seguro ha de encontrarla, es una igualdad relativa, aquel estado social en que el hombre, colocado en idénticas condiciones que sus semejantes, pueda obtener, sin menoscabo alguno, lo que es de su legítima pertenencia: el producto íntegro de su esfuerzo bien justipreciado.

Y esta libertad del trabajo, este reconocimiento del derecho á poseer cada cual lo que produzca, sólo sería una realidad haciendo que la propiedad sea colectiva, que la tierra y los instrumentos de trabajo sean accesibles á todos, única manera de que el producto del esfuerzo se convierta en individual, que es á lo que racionalmente el hombre puede aspirar sin que queden vulnerados derechos ajenos.

Ahora bien: ¿Cómo hacer para que tan hermoso principio sea llevado á la práctica? ¿Cómo determinar el valor de lo que cada cual produce, allí donde el trabajo tiene que ser colectivo? ¿De qué manera se va á entregar la producción al consumo? ¿Dejará por tal sistema de existir el estímulo?

Son estas preguntas fácilmente contestadas y de un modo satisfactorio y que no deje lugar á duda.

El colectivismo en lo económico, para ser llevado á la práctica de una manera apropiada y conveniente, á fin de obtener lo que se propone, tiene que organizar la nación en agrupaciones de trabajadores, los cuales monopolicen todas las industrias, artes y oficios, repartiéndose después los productos en proporción á lo que cada cual haya producido.

Se me argüirá que esto no es práctico. ¿Pero acaso no es práctico el sistema empleado para la repartición proporcionalmente de sus productos en la fábrica de vidrios obrera de Carmaux y en otras manufacturas colectivas que existen en Francia, Inglaterra, Alemania y Bélgica?

Pues un procedimiento análogo podría emplearse en esas agrupaciones de que hablo, las cuales elegirían por un sufragio universal amplio, amplísimo, comisiones económicas que acapararían los productos todos de la susodicha agrupación, para hacer con ellos, lo que hoy hace el comercio individual: entregarlos al consumo.

Ahora bien; ¿cómo determinar el valor de lo que cada cual produce, allí donde el trabajo tiene que ser colectivo?

De una manera sencillísima: organizar el trabajo dentro de estas mismas agrupaciones en gremios, los cuales nombrarían sus Juntas directivas que llegarían á entenderse con la Comisión económica mediante una especie de papel moneda ó bonos de trabajo, cuya cantidad sería determinada por tarifas confeccionadas al efecto y aceptadas por todos los gremios en asamblea general.

¿Cómo repartir el gremio proporcionalmente el valor del trabajo individual?

Pues de análogo modo á como hoy se reparte en esas fábricas y talleres colectivos de que he hecho mérito: á cada cual lo que su trabajo produce.

Y no hay que dudarlo; con un sistema económico como éste, el reparto de los productos sería más equitativo y no dejaría de existir estímulo, toda vez que cada cual haría de lo que ganase lo que mejor le pareciera, viviendo con la misma independencia que en la actualidad se vive.

Para instaurar este sistema colectivista podríanse hacer, expropiando en un período revolucionario, la actual propiedad burguesa, como se hizo durante la revolución del 89 con la propiedad feudal, ó bien poco á poco, por medio de la intervención del Estado en materia de sucesiones, imponiendo un fuerte tributo á las herencias en línea directa y acaparando las precedentes de la línea colateral.

Y téngase presente que una cosa ú otra llegará á hacerse, porque el socialismo se impone, y con él el sistema colectivista en lo económico, como medio de que la igualdad de condiciones sea un hecho en la práctica.

Porque no hay que hacerse ilusiones; la tiranía subsistirá, y con ella la desigualdad, mientras no desaparezca ese intermediario entre la producción y el consumo que se llama régimen capitalista.

RAFAEL DELORME.

PARADOJA.

—Confiemos, dije para cerrar la discusión con una frase hecha, confiemos en la eficacia regeneradora y en el poder santificante de la verdad.

Y díjelo en mal hora. Estas palabras, destinadas á calmar con su sensato trivialismo, las vehemencias de su interlocutor, fueron á modo de chispa que puso fuego á su explosiva fantasía.

—¡La verdad! clamó indignado, fuera de sí, como creyente que escucha un sacrilegio. ¡La verdad! Pero ¡si sufrimos de eso, si agonizamos de eso, si morimos de eso! ¡Si es ella la que agosta el espíritu, la que seca y entenece el corazón! ¡Si á ella debemos nuestras más hondas amarguras! ¡Si es ella, la que, en nuestros tiempos, conduce á la humanidad á prematura, vergonzosa é incurable decrepitud!

—No disparatemos, repliqué formalizándome á mi vez ante la enormidad del dislate. No hay discusión posible cuando á los dictados de la razón se oponen las divagaciones de la locura. Todo tiene su límite, todo; hasta el absurdo. Espero que no irás á defender ahora que sea preferible andar ciego por el mundo á ir por él con los ojos abiertos.

—Ciego, no, gritó, ciego, no, pero sí viendo visiones. ¿Sabes tú para qué sirve la verdad? Para no quemarse en el fuego, para no ahogarse en el agua, para comer, para beber, para dormir, para proveer á los menesteres diarios de la vida, para satisfacer las necesidades de la bestia. No la saques de ahí; no la lleves á las altas regiones del espíritu. Tan luego como proyectes su luz sobre los horizontes del alma, estás perdido sin remedio. ¡Adios, fe, adios, consuelo, adios, esperanza. La vida será para tí una agonía y el universo un sepulcro!

—¿De suerte, dije con sorna, que sólo la mentira puede salvarnos?

—Sólo ella, respondió solemnemente; ella que ya tantas veces nos ha salvado. La humanidad ha tenido hasta aquí la facultad divina de poder refugiarse de nuevo, huyendo los horrores de la realidad, en el mágico alcázar de la quimera. Nunca sus desengaños han sido definitivos. Dejó de creer en los fetiches para adorar los ídolos. Renegó del paganismo para abrazar la fe de Cristo. Fué de ilusión en ilusión, como de flor en flor. Y así se ha salvado. Lo que constituye la inmensa desolación, el aterrador peligro del presente es precisamente eso; que mi grande error se disipa sin que alboree otro grande error.

—¡Donosa filosofía de la historia!

—Es más que eso; es toda filosofía de la humana vida. ¿Crees tú, insensato, que se puede vivir con la verdad, con la verdad seca, con la verdad dura, con la verdad amarga, con la verdad desconsolada, con la verdad fría? ¡Si apenas es alimento suficiente para el espíritu de los brutos! Pon en el alma del joven el justo desencanto del anciano y tocarás el resultado. ¿Qué energías, juzgas tú, desplegaría el hombre si estuviese penetrado desde el principio, como lo está al fin de su carrera, de la inmensa nada de las cosas? ¿Cuántos seres humanos calculas tú que arrostrarían animosamente la existencia si pudiesen leer de corrido en el porvenir? ¿Qué sería de nuestra vida sin el espejismo engañador de ese fantasma celeste, de esa visión de grandeza, de prosperidades, de dichas, de paz, en pos de la cual corremos locamente mientras vivimos y que se disipa al tocarla?

¿Quién hizo los mártires? La fiebre religiosa, ese delirio sobrehumano que vence al instinto, arrostra el dolor, desprecia los tormentos y se burla de la muerte. ¿Quién alentó á los héroes? La gloria; esto es, la más hueca de las fantasías, el humo de una vanidad de ultratumba, la superstición de un nombre, la idolatría de unas sílabas. ¿Quién engendró los santos? La virtud; es decir, el sacrificio de los impulsos naturales á

una norma de la mente cuyo fundamento real no alcanza la mente. ¿Quién originó la familia, fundó la sociedad y ha perpetuado la especie? El amor, ilusión de ilusiones, mago sublime, hechicero omnipotente que venda los ojos del alma, exalta lo amado, ennoblece la generación y diviniza al sexo. ¿Quién mantiene la necesaria emulación entre los hombres? La ambición, esa sed inextinguible que no se calma sino que se excita bebiendo. ¿Qué es lo que, fuera de la necesidad física, nos impulsa al trabajo? El ansia de riquezas que, poseídas, no nos hace ni más felices ni mejores.

Destruye todos esos errores, suprime todos esos motivos y tendrás una humanidad prudente, pero inmóvil; avisada, pero muerta. La gran paradoja que tú crees ver en mi razonamiento está en la realidad. El progreso descubre la verdad; la verdad matará al progreso. Ya los hechos lo muestran. Atravesada por la humanidad la dorada región del ensueño, la civilización comienza á anunciarse como un regreso sapientísimo á la barbarie. Resta aún la fantasmagoría de la riqueza; la última. Cuando esa también se haya desvanecido, el hombre será tan sabio que ya no tendrá razón alguna de vivir.

—¡Bravo! exclamé; la enfermedad está diagnosticada de mano maestra. Ahora sólo faltan el pronóstico y el tratamiento.

—¿Pronóstico? Falta. ¿Tratamiento? Imposible. La fe no se vende en la botica. La esperanza no se administra en píldoras. Las creencias, las convicciones, los principios no se expenden por receta.

Y tras un lúgubre silencio durante el cual parecía resonar en sus oídos el extertor de la humanidad agonizante, vueltos los ojos con ademán extático hacia ese cielo ya vacío de dioses, aquel hombre singular, mezcla estrambótica de escéptico y de iluminado, prorrumpió en el siguiente apóstrofe, con honores de invocación y tono de jaculatoria.

—¡Oh ilusión, esencia del alma, sostén de la vida, único bien real de la existencia! ¡Oh ilusión, hija del misterio, hermana de la poesía, madre y soberana del arte! Cuando, viéndote morir, olviden los humanos lo que te deben, yo al menos, fiel á tu memoria, asistiré desolado á tus exequias. Tú no has dado al hombre el poder de vencer á la naturaleza, pero sí el de divinizarla. No le entregaste la tierra, pero le prometiste el cielo. No le procuraste el placer de los sentidos sino de los éxtasis del alma. No le enseñaste á sostener la vida, pero sí á afrontar la muerte. En tu seno mil generaciones se han adormecido placidamente en el eterno sueño. Tú poblaste lo infinito y diste un padre al mundo huérfano. Tú trocaste el sepulcro en cuna de inmortalidad. Tú inspiraste á la desesperación esperanza y lo inconsolable consolaste. Tú hiciste creer en lo increíble y encontrar lo imposible llano. Tú amoldaste la realidad á la medida del deseo. Tú prometiste juventud á la vejez, remedio á la pobreza, compensación al dolor, premio á la virtud, consuelo á la aflicción y justicia al desvalimiento.

La verdad te ha matado: nunca más resucitarás. Al pasar de tu dominio al suyo, la humanidad pasa, del regazo de la madre, á las garras de la madrastra. Ya el cielo está desierto. Ya es la tumba criadero de gusanos. Ya el todo no nos debe nada. Ya el mal no tiene compensación, ni remedio lo irreparable. Ya es la justicia convención humana, no ley universal. Ya es la creencia teoría provisional, no convicción definitiva. Ya el pensamiento reconoce su impotencia para penetrar el gran misterio. Ya es el hombre fruto de acaso de la selección, bestia razonante que tiene la voluntad por músculo y la inteligencia por zarpa. Ya la debilidad no aguarda socorro, ni el dolor alivio, ni el pesar consuelo, ni el desamparo justicia, ni la bondad recompensa, ni redención el pecado, ni la vejez rejuvenecimiento, ni la muerte resurrección. Ya el porvenir no tiene sorpresas, ni el pasado tiene leyendas. Ya es la vida del hombre relámpago fugaz entre dos nadas. Ya no se es joven, ya no se sueña, ya no se ama. Y la humanidad sigue, no obstante, tejiendo su obra de libélula para lo futuro, como si pudiera no ser mortal una caída del infinito.

—¿Se ha acabado al fin la letanía?—pregunté impacientado.

—Se acabó.

—Resumiendo: la verdad es mortífera; sólo la ilusión es redentora. ¿No es esa tu proposición?

—Esa es.

—Pero, por extraño que parezca, ese absurdo que sostienes supongo lo tendrás por verdadero.

—Por tal lo tengo.

—Entonces á título de verdad, tu afirmación deberá ser, ó no hay lógica en el mundo, tan funesta como todas las verdades.

—¡Diantre, es cierto! Pues, mira, no había caído en ello.

—Eso te demostrará una cosa; que el hombre puede suicidarse, pero el pensamiento no es susceptible de suicidio.

—¿Podía ser más concluyente la refutación? Pues así y todo mi obstinado contradictor no se dió por convencido. Antes, meneando la cabeza, murmuró á cabo de rato:

—Dirás lo que quieras: la dialéctica está sin duda de tu parte, pero en cambio el corazón está de la mía.

A. CALDERÓN.

DE TODO UN POCO.

Desde este número GERMINAL ha modificado sus condiciones materiales y cuenta con nueva redacción sumada á algunos de los escritores que componían la anterior.

El número de sus páginas ha aumentado de ocho á doce sin que por esto aumente su precio, como aumentarán asimismo en calidad y en número sus dibujos y grabados puestos bajo la dirección de D. Félix Jaime.

Componen la redacción Enrique Alonso y Orera, Jacinto Benavente, Rafael Delorme (Juan de la Encina), Joaquín Dicenta, Ricardo Fuente, Félix Limendoux, Francisco Maceín, Antonio Palomero (Gil Parrado), Manuel Paso, Nicolás Salmerón y García, A. de Santaclara, Ramón del Valle Inclán y Eduardo Zamacois.

Cuenta además el periódico con la colaboración literaria de Urbano González Serrano, Alfredo Calderón, Jacinto Octavio Picón, Alejandro Sawa, José Verdes Montenegro y Montoro, José Jurado, Luís Hoyos, P. Oyuelos, Juan Salas Antón, José Miralles, Pedro Pérez Díaz y Antonio Zozaya, y la artística, de Ruiz Guerrero, Muñoz Lucena, Llaneces, Simonet y otros distinguidos artistas.

Las dificultades propias á toda reforma periodística han retrasado hasta hoy lunes la publicación de GERMINAL que desde el próximo número se dará al público todos los viernes.

En el Senado han venido á las manos el ministro de Estado y el Sr. Comas. En la cuestión intervinieron con argumentos contundentes varios otros senadores.

Gracias á la mediación de cuatro amigos, también senadores y ancianos, la cosa no ha pasado á mayores... Y eso que más *mayores* que los acalorados próceres, ni en la Biblia!

La escena parece el relato de un *suceso* hecho por cualquier periódico.

Y es, sin embargo, el desquite que nos hemos tomado contra los senadores americanos.

Los representantes de España son así. ¿Le dan un palo á la nación que representan? Ellos se dan otro, y en paz.

Los periódicos dedican columnas y columnas al apaleamiento mutuo.

Nosotros le dedicamos estas líneas; y á ser posible le dedicaríamos otra cosa.

Una pareja del cuerpo de orden público.

Por fin, y contra lo que todos creíamos, se ha encontrado un dictador ilustre que tenga semejanza con Polavieja:

César, el auténtico César, el amo de Roma, es su semejante.

Este descubrimiento se debe á minuciosas investigaciones de los fanáticos polaviejistas.

¿Qué hizo César antes de ser dictador? Conquistar la Galia.

¿Y éste? Conquistar la Tagalia.

Aún le lleva dos letras Polavieja á César.

Como ya sabrán seguramente nuestros lectores, el Senado yankee ha aprobado nuevamente la proposición de Mr. Morgan, pidiendo se reconozca como beligerantes á los insurrectos cubanos.

No creemos nosotros que tal intento de los jingoistas y filibusteros, más ó menos disfrazados, prospere, porque no se nos alcanza que el presidente Mac-Kinley sea tan impolítico que sancione lo que desean unos cuantos representantes de su nación, interesados en la revuelta, por aquello de á río revuelto ganancia de pescadores.

Pero de todos modos, queden ó no firmes los deseos de Morgan y de sus correligionarios, debemos entender todos los españoles que la culpa de esto es única y exclusivamente de los restauradores de la monarquía, sobre todo del Sr. Cánovas y su Gobierno.

La Restauración no ha hecho nada para que aquellas reformas administrativas ofrecidas en el tratado del Zanjón, lleguen á realizarse; antes al contrario, ha procurado escoger, para administrar la perla de las Antillas, los hombres que más podían perjudicar nuestro nombre con su conducta.

Y el jefe del actual Gabinete no ha mostrado aquella energía propia de un gobernante español frente á las irritantes exigencias de los Estados Unidos, acce-

diendo á la bochornosa indemnización Mora, coartando la libertad de Weyler por complacer á los yankees, y poniendo en libertad á Sanguily para que éste se vaya á la Manigua.

Culpa es todo de la Restauración; ella es la única responsable de lo que pueda sobrevenir.

DE TAL PALO TAL ASTILLA.



El tiempo ni da ni quita la juventud.

Dante la llamó primavera de la vida, y muchos viejos mueren en pleno florecimiento, sin haber conocido ese triste invierno que apaga el calor de la sangre y marchita la frescura y lozanía de las ideas. Jóvenes son todos aquellos que tengan dentro del pecho un corazón liberal; los que entiendan la existencia como un sacrificio fecundo para lo porvenir; los enamorados del ideal que tuvo poder bastante para remozar á Fausto.

Los pocos años no son la juventud. Pidal era ya un fósil á las pocas horas de ser engendrado; Larra, si continuase viviendo, sería tan muchacho como cuando le apuntó el bozo.

Así entendemos la juventud los que hoy nos agrupamos alrededor de GERMINAL.

De algún tiempo á esta parte, se habla en España de los jóvenes con dolorosas y amargas interrogaciones. Aquí no hay *gente nueva*, dicen los viejos, porque no puede llamarse así á esos bohemios *recaentados* y *nauseabundos*, de los cuales es preciso huir como de la peste; aquí no hay jóvenes, sino bigardos vocingleros, perezosos, borrachos, ignorantes y desordenados; literatos de café, artistas de taberna.

Por si esto fuese cierto; por si los viejos tuvieran razón, hora es ya de que ajustemos cuentas, para que cada uno cargue con sus culpas y pecados.

—¿Qué hacéis? nos preguntan los viejos.

—¿Qué queréis que hagamos, si somos hechura vuestra? Somos vocingleros porque no nos habéis enseñado á reflexionar; perezosos, porque no nos habéis inculcado hábitos de trabajo; borrachos, porque no nos habéis dejado más puerta abierta que la puerta de la taberna; ignorantes, porque no hemos tenido maestros.

¡Maravilla es que sepamos algo en este país en que casi á mediados del siglo se cerraban las universidades al grito de abajo la fatal manía de pensar; en este país donde se inauguró la restauración borbónica arrojando de los centros de enseñanza á los pocos maestros que eran capaces de enseñar algo más que el Catecismo del Padre Astete!

Dice Ribot que los hombres de la generación presente pasan media vida desaprendiendo lo que aprendieron en la otra media. Los jóvenes españoles no hemos tenido tiempo más que para *desaprender*.

¿Qué esperaban recoger los viejos después de lo que sembraron?

Todos los renacimientos han tenido precursores, porta-estandartes, jefes. Los románticos tuvieron á Víctor Hugo; los naturalistas á Zola; los positivistas á Littré. Claudio Bernard, Darwin, Haeckel, contaron á su lado con grandes núcleos de juventud entusiasta. De los viejos nacen siempre las ideas nuevas; los jóvenes son los encargados de propagarlas y defenderlas. En todos los países que hoy significan algo para la causa de la civilización, la juventud tiene maestros amados, caudillos que la animan con el ejemplo y la conducen al combate; pero en España, ¿cuáles son los viejos que piensan como los jóvenes? ¿dónde están? ¿quiénes son aquí los porta-estandartes de las ideas nuevas de regeneración y progreso?

En España, digámoslo de una vez, si los jóvenes valen poco, los viejos valen menos. No hay entre ellos hombres completos, caracteres gigantes, maestros dignos de ser amados sin reservas.

¡Valientes ejemplos nos habéis dado, vosotros los que estáis en el ocaso de la gloria! Castelar nos sedujo con los relampagueos de su palabra, nos ganó por sus ideas republicanas y redentoras; fuimos suyos y nos ha traicionado haciéndonos perder la fe en los hombres y dándonos ejemplo de apostasía; Núñez de Arce, el poeta de las huecas sonoridades, no pudo llegar hasta nuestros corazones maldiciendo á Voltaire, llamando vil ramera á la libertad y amenazando con el verdugo á los partidarios de radicalismos salvadores; Campoamor, el poeta juvenil y adorable que nos embriaga con sus versos, insulta las ideas que con amor guardamos en el fondo del alma, al decir que la filosofía materialista sólo sirve para derribar reses en el matadero, y al preguntar con punible irreverencia, qué mozo de mulas habrá revelado á Darwin la ley de la selección; Pereda, el novelista petrificado, no puede ser nuestro mozo lelo porque es carlista, enemigo de su tiempo, rancio; á Pérez Galdós no podemos perdonarle el haber sido diputado monárquico y empleado de la

Trasatlántica, no transigimos con su misticismo de última hora. De todos los demás, con raras excepciones, se pudiera decir otro tanto. Hipócritas reaccionarios, católicos vergonzantes, hombres que utilizan sus prestigios literarios para obtener prebendas en el campo de la política y venden su independencia de escritor por un puesto en el Consejo de Estado ó por un sillón en la Academia.

Recuerden; recuerden los jóvenes la historia de los viejos y verán cuántas vergonzosas apostasías, cuántas denigrantes humillaciones, cuánta bochornosa traición al ideal.

¿Qué habéis hecho, vosotros los viejos?

¿Qué habéis hecho en el Gobierno, en el Parlamento y en la Prensa?

¿Qué habéis hecho para salvar á este desdichado país de la *débaque* que le amenaza en todos los órdenes de la vida?

Nosotros somos perezosos y vosotros quizás lo fuérais más si os vieseis solos, abandonados, luchando con la indiferencia y la miseria; nosotros nos emborrachamos y vosotros os prostituís; nosotros somos ignorantes; pero vosotros sólo sois portentos de ciencia inútil y embrutecedora.

Nada tenemos que echarnos en cara: de tal palo tal astilla.

Los viejos continuarán haciendo chistes, acerca de la *gente nueva*, asemejándose al padre sifilítico que se burlase de los costurones heredados por su hijo; pero la *gente nueva* á pesar del sambenito de la pereza y del vino que sobre ella pretenden arrojar libelistas infames, es la única flor que crece en este pantano.

RICARDO FUENTE.

JUAN DE DIOS. (1)

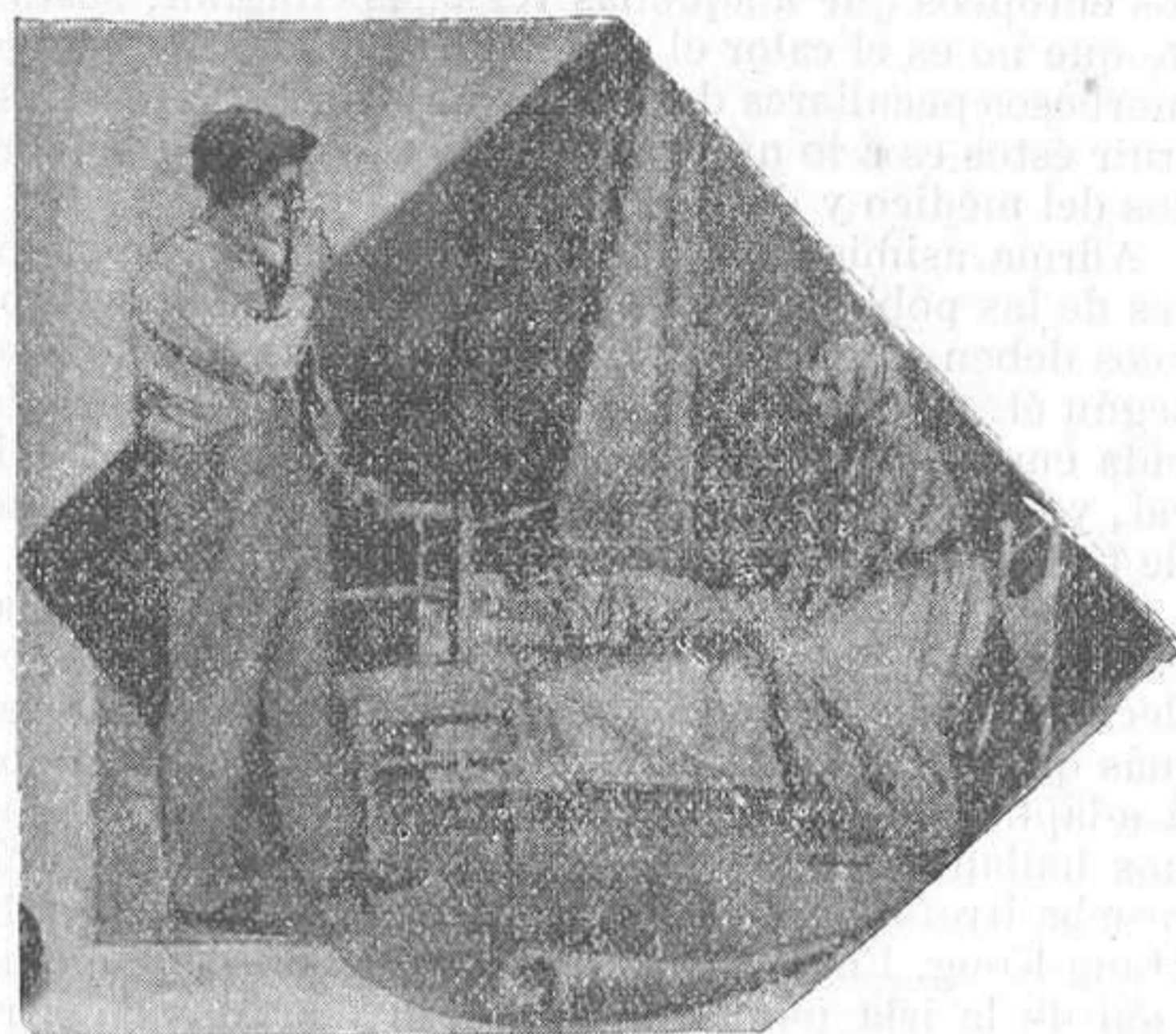
FRAGMENTO.

I.

Eran tres: él, robusto, musculoso, piernas de acero, pecho de coloso, el cráneo pequeño, el pelo obscuro, la frente noble, el entrecejo duro y el mirar recogido y caviloso.

La mujer, rubia, débil, aviejada en plena juventud, siempre entregada de su hogar y su oficio á las funciones, era áspera de piel y de facciones y dulce de carácter y mirada;

y carne del esposo y de la esposa un niño, criatura deliciosa, que cruzaba del patio los corrillos dejando caer dos mocos amarillos sobre unos labios de color de rosa.



Libre y suelto creció como en los prados crece la flor, sus padres, obligados á ganar en la fábrica el sustento, no gozaban la tregua de un momento para ofrecer al niño sus cuidados.

¡Cuidarle!... De ocasión no disponían. Luego que sus faenas concluían llegaban á la casa tan rendidos que si al muchacho acariciar querían cortaban sus caricias los ronquidos.

¡Tiempo para quererle!... Ni siquiera para ello lo tenían, porque no era su conjunción amor, sino tropiezo:

(1) Del libro *Desnudos*, próximo á publicarse.

que no es amor gritarle al sueño: ¡E! y abrazarse en la pausa de un bostez.

Los domingos tan sólo, á la mañana, cuando ella abría alegre la ventana y él le gritaba «vuelve que no hay prisa» se cobraban de toda la semana con un festín de besos y de risas.



Y una vez su apetito, su derecho á quererse y gozarse, satisfecho, al niño de la cuna levantaban y echándole desnudo sobre el lecho juntos como tres niños retozaban...

Luego, cuando de limpio trajeado se iba el hombre á la calle acompañado de vecinos de barrio y de talleres, marchábase ella con el niño al lado al patio á murmurar con las mujeres, y al niño entre sus brazos recogía; y una vez que en sus brazos le tenía del tal delirio se mostraba presa, que le daba más besos en un día que á su hijo en todo un año, una burguesa.

Así de la semana, sin variantes algunos, transcurrían los instantes: el ocio corto, la faena larga, un día para ser padres y amantes, los otros para ser bestias de carga.

Diez años para el niño se cumplieron; y al cumplirlos, sus padres decidieron, siguiendo las costumbres de la clase humilde y resignada en que nacieron, que á ganar su jornal les ayudase.

La infancia del obrero es tan menguada, que cuando aun en su boca la rosada huella del pecho maternal se advierte, ya queda su existencia condenada á luchar cuerpo á cuerpo con la suerte.

Su pan desde pequeño ha de buscarlo, con sus propios esfuerzos conquistarlo; y cumpliendo esta ley, ya que tal nombre se da á estafarle la niñez á un hombre, entró el chico en la fábrica á ganarlo.

Y acabó su niñez... Cuando venía por el Oriente el resplandor del día, á una voz de su padre enderezaba sobre la cama el cuerpo, se vestía, y el paso hacia la fábrica guiaba, dando á su esbelta é infantil figura de un hombre hecho y derecho la apostura, y cruzando por medio de las gentes con la blusa amarrada á la cintura y un cigarro encendido entre los dientes.

JOAQUÍN DICENTA.

REVISTA INTERNACIONAL.

LA SOMBRA DE TORQUEMADA.

Berlín, 18 de Mayo de 1897.



ON verdadero gusto observo que GERMINAL ha ensanchado su programa bajo la dirección del autor de *Juan José* y otros literatos entusiastas del naturalismo en el arte. ¿Podrá resistir esta brillante juventud el empuje de la reacción, que no dejará de combatirla con todas sus armas lícitas é ilícitas? ¿Po-

la verdad en arte y ciencias? ¿Podrá disipar las sombras que el espíritu de Torquemada dejó sobre España?

que la Revista puede ser un foco poderosísimo que asegure unir las fuerzas disgregadas aún de la moderna; porque el positivismo de Comte, Mill y Herbert Spencer, cuenta con numerosos partidarios entre las clases ilustradas de vuestro país, y él convergen los restos del krausismo y del positivismo, escuelas eclécticas que por todas partes han sido los puentes de paso al positivismo, que en el fondo no es otra cosa que el criticismo de Kant, basado sobre las ciencias empíricas contemporáneas. El naturalismo de Zola se basa en esta filosofía positiva y no puede encontrar el ambiente necesario para florecer si aquella corriente filosófica no logra imponerse á los espíritus precursores.

¡Cuán cómico nos parece el afán de la devota señora Pardo Bazán querer alardear de naturalista, cuando el naturalismo es ante todo y sobre todo hijo del positivismo determinista y socialista y ateista, porque Dios sólo existe para él bajo la figura de la X desconocida! ¡Cómo ha de ser naturalista en arte quien es católica ferviente!... Sólo en España donde los críticos pierden su tiempo registrando las comas que faltan en los párrafos y los puntos que han caído de sobre las líneas pueden pasar en silencio semejantes cosas.

Vosotros en España no podéis imaginaros el prestigio que goza vuestra patria, sólo menguado por el espíritu de intransigencia religiosa que inspiraba al humanismo de la civilización árabe-española. Así, esperamos grandes creaciones en el arte, las letras y la filosofía de la España renacida á la vida de la belleza y de la libertad. No hay nación en el mundo que tenga la poderosa naturaleza de artista que penetra en el fondo de las cosas, y al mismo tiempo que en todo perciba la belleza como el pueblo latino. De esta feliz conjunción de germano-árabe-latino, vivificada por el sol de la libertad, esperamos muchísimo en esta época de tremenda crisis en Europa, donde las inteligencias más sólidas pierden el equilibrio y se esterilizan para la humanidad.

Alemania misma está desconcertada ante la gloria deslumbradora del Imperio, y no se atreve á protestar contra este brutal militarismo que oprime la vida intelectual. Los cuarteles han sustituido la gloria de las Universidades. Por desgracia, están los primeros espíritus de nuestros sabios y artistas tan obcecados por aquel brillo, que no han sabido ponerse enfrente del movimiento popular que agita las entrañas de la gran nación germánica, tan profundamente tal vez como la Reforma religiosa hace tres siglos, que también era esencialmente social-económica, sirviendo casi como pretexto la cuestión dogmática. Si los espíritus directores de Alemania continúan alejados del movimiento popular socialista, hay que temer un desbordamiento de las pasiones mal encauzadas y tal vez un retroceso en la civilización.

Que el ejemplo de Alemania sirva á las inteligencias de España de saludable instrucción, para que perseveren en ocupar el puesto que les corresponde en la sublime epopeya que la historia llamará de la Reforma Social.

C. VON WERDER.

GUERRA JUNQUEIRO.



UNA de las aspiraciones más veheméntísimas de la gente nueva en España es el ideal grandioso de la federación ibérica que ha de reconstituir sin duda, respetando la particular autonomía de cada región, á la vieja patria ibérica compuesta de eros pintorescos y grandiosos países ultramarinos que para la civilización conquistaron navegantes y aventureros sublimes de Portugal y de España en los siglos XIV, XV, XVI y XVII.

Es fenómeno que se da en la historia de los pueblos, el que la poesía y el arte, canten en estrofas sublimes todo ideal bello y humano.

Y siguiendo esta ley histórica, la grandiosidad del ideal ibérico cantado ha sido por vates ilustres de ambos países hermanos y así vemos que en Portugal poetas inspiradísimos se han puesto al lado de esta causa, que en una época no muy lejana, hará á lusitanos y españoles poderosos y progresivos, cobijados desde luego por la noble bandera de la igualdad y de la justicia.

Guerra Junqueiro, el delicado poeta de Lusitania, inspirándose en las sublimidades del inolvidable Juan de Deus, ha roto lanzas una y mil veces por la federación de las naciones de Iberia, siempre respetando la particular autonomía de ambos gloriosos pueblos.

En sus poemas, en sus trabajos literarios, en sus elocuentísimas oraciones parlamentarias y políticas,

Guerra Junqueiro aparece como atleta de la democracia peninsular de la federación ibérica.

Diputado varias veces en el Parlamento portugués, se nos presenta siempre como un hombre nuevo que mira hacia adelante, que piensa hondo y que se encuentra enamorado de toda causa justa, elevada y noble.

¿Cómo, pues, no había de merecer Guerra Junqueiro un puesto preeminente entre los hombres de GERMINAL?

GERMINAL no sólo quiere abrazar y confundir en un solo haz á la gente nueva de España; quiere con amor entrañable á todo aquel que mire hacia arriba en Portugal y en la América española; en los ámbitos todos del Universo entero.

Ahora que el infatigable poeta predilecto del ideal ibérico se encuentra entre nosotros, GERMINAL, y con él la gente nueva de España, le saluda gritando: ¡Viva Portugal! ¡Viva la federación ibérica!

¡Hurrah por la confederación ibero-americana!

¡Viva la raza latina!

SERMÓN PERDIDO.

SONETO.

No iré más al sermón, que irreverente
mientras el buen obispo predicaba,
yo, con tal insistencia la miraba,
que lo notó el prelado desde enfrente.

No á ver á Dios, exclama de repente,
alguno viene al templo, y señalaba
hacia el sitio en que yo quitando estaba
la piadosa atención á mucha gente.

El que no venga á orar puede marcharse,
el obispo indignado repetía
con tal fuego, que á poco llega á ahogarse.

Yo pensé, y algún otro pensaría:
¡Si hacemos lo que dice, va á quedarse
la santa casa del Señor vacía!

D. BAEZA.

COSAS ÚTILES Y CURIOSAS.

LA ACLIMATACIÓN EN LOS TRÓPICOS.



UN célebre higienista inglés, el doctor Lingé Sambro, ha hecho recientes é interesantes trabajos acerca de la aclimatación de los europeos en las regiones tropicales.

El doctor Sambro, sin dejar de tener en cuenta que la temperatura que en mayor ó menor grado entraña el clima influye mucho en la salud de los europeos que á aquellas regiones emigran, sostiene que no es el calor el que mata, sino los gérmenes morbosos peculiares del país, y que por lo tanto á destruir éstos es á lo que deben encaminarse los esfuerzos del médico y del higienista.

Afirma asimismo el doctor Lingé que los alrededores de las poblaciones tropicales donde habitan europeos deben ser cuidadosamente saneados, puesto que, según él, es un hecho probado que es el sistema de vida europeo el que no se aviene con el clima tropical, y que el europeo por sí no rechaza la posibilidad de trabajar en un país caluroso.

La colonización, el doctor Lingé Sambro lo afirma, es pura y simplemente una cuestión de higiene; es decir, que los trópicos dejarán de ser insalubres más que las regiones templadas, cuando aprendamos á adaptar nuestro método de vida al medio en que nos hallamos. De la verdad de este aserto hay una prueba irrefutable en la historia de la colonización de Hong-Kong. En los primeros tiempos de la dominación de la isla por los ingleses, la mortandad entre europeos, y singularmente entre las tropas de la guarnición, llegó á alcanzar una cifra enorme; hoy es allí tan exigua la cifra de defunciones de europeos, que indudablemente hay que atribuir tal diferencia á que entonces ni se conocían ni se ponían en práctica las precauciones higiénicas que en la actualidad se adoptan en los cuarteles y en la población.

Por último, las conclusiones del mencionado doctor son las siguientes:

- 1.^a Que los europeos emigrantes pueden vivir y perpetuar la especie en las regiones tropicales.
- 2.^a Que las dificultades en la colonización no se deben al clima, sino al parasitismo.
- Y 3.^a Que la aclimatación consiste en gran parte en una cuestión meramente higiénica.

DESCUBRIMIENTO ARQUEOLÓGICO.

Aparte de ciertos y contundentes argumentos basados en la antropología, que no dejan lugar á duda de

que el hombre apareció antes que en parte alguna en América, durante la época terciaria, tenemos una razón poderosísima en pro de tal hecho y que no admite réplica: la existencia en edades remotísimas de civilizaciones americanas; pues cuando los otros continentes estaban habitados por salvajes nómadas de la edad de piedra, América se hallaba poblada por hombres que construían ciudades y monumentos grandiosos, manifestaciones fehacientes de un estado social muy avanzado.

¿No parece enunciarlo así los *mounds* ó construcciones piramidales que se hallan en abundancia en los Estados Unidos, los majestuosos palacios de Copan y de Palenque en la América Central, y los de Tihuanaco, entre tantos otros, en el Perú, todos ellos más antiguos que las pirámides de Egipto, y que en la época de la conquista encontrábanse arruinados, y según testimonio de aquellos indios hacía largos siglos que en tal estado de ruina se hallaban?

¿Cómo pudo producirse esta civilización brillantísima en América?

No hay que olvidar que los progresos que la inteligencia hace en todos los órdenes y cuya suma es lo que constituye el estado civilizador de un pueblo, no se elaboran sino por virtud á largos períodos de siglos y que la situación geográfica y condiciones naturales de los países, influyen sobremanera en esta transformación, determinada primero por la necesidad, perfeccionada más tarde en el humano cerebro y traducida después en hechos y obras de asombro al exterior.

Luego se puede asegurar que esa remotísima civilización, que ha debido ser la obra de incalculable serie de siglos, puesto que la Edad terciaria, época en que primero apareció el hombre en América, se encuentra alejada de nosotros por unos 350.000 años, según entendidísimos geólogos, es de origen exclusivamente americano.

Allí en América, se formaron sus diversas lenguas, se crearon y perfeccionaron instituciones sociales que suponen una elaboración secular y levantáronse las construcciones, cuyos restos no pueden verse sin respetuosa admiración.

¿Cómo se destruyeron estas civilizaciones?

Pues merced á invasiones numerosas, que para dominar á las naciones que en América encontraron, las cuales debieron oponerles ruda resistencia, aniquilaron y arrasaron las ciudades y demás vestigios que de civilización existían, retirándose aquellos de sus habitantes, que no fueron reducidos á esclavitud, á las montañas más agrestes y escarpadas, y formándose de tal modo esas tribus salvajes que tanto abundan, sobre todo, en la América del Sur. Hay que tener presente que la vida de los bosques, el continuo ejercicio corporal que en ellos se hace, para resistir y vencer á las fieras, acaba por debilitar cada vez más la facultad ingénita en el cerebro humano, de ser inteligente, de producir fuerza intelectual, con asombroso desarrollo de las facultades físicas, cosa de suyo muy abonada para influir en las sucesivas generaciones y hacerlas aptas para el salvajismo, separándolas de la civilización y de la cultura.

Ahora bien; la influencia de estas invasiones debió de hacerse sentir allí donde había alguna nación civilizada, y así vemos, según la arqueología ha demostrado á Richard Burton y éste dice en su *Explorations of the highlands of Brasil*, que los indios salvajes del Brasil pertenecen á una raza anteriormente civilizada, cuyos individuos, buscando en los montes y en las selvas, una libertad que en sus antiguas ciudades no encontraban, trocaron sus usos de civilización y de cultura, por costumbres feroces y salvajes.

De estas razas derivábanse los indios crueles y feroces del Brasil, como los amacaches, apuyes, maribuyes, tapuyes, tibuares y tupiques, y los chiquitos, charrúas y guaranis, aborígenes del Paraguay, Uruguay y Argentina.

Pero aún hay más en pró de la existencia de estas remotísimas cuanto adelantadas civilizaciones.

Hace poco se ha descubierto en la República del Uruguay y en el Rincón del Palacio, á 11 leguas de Trinidad y en el departamento de Flores, un templo subterráneo que, según el Sr. Marquelez, ilustre arqueólogo uruguayo, data de los tiempos prehistóricos y es muestra palpable de una civilización prehistórica en aquellas regiones.

El templo ocupa unos 500 metros de longitud por 30 de ancho y está lleno de columnas toscas, imitando palmeras, formadas aparentemente por anillos de unos 30 centímetros de alto, pero en realidad de una sola pieza. Todas estas columnas terminan por un capitel que semeja la copa de un árbol y por el cual se juntan las unas con las otras; las hay gruesas y finas, llegando á tener algunas hasta 2 metros de diámetro, y las hay también de corte horizontal de distintas formas.

Estas columnas recuerdan la arquitectura de las civilizaciones cuaternarias del Perú, y por eso Marquelez cree que se trata de un templo, como todos los que se construían en las épocas prehistóricas, con esos caminos extraviados y laberínticos que tenían

por objeto apartar al curioso de la verdadera senda del santuario.

*
**

Aún no ha dicho la Historia su último severo juicio sobre el gran unificador de la patria alemana y el implacable adversario del movimiento socialista en Alemania y Europa; el miope autor de las leyes excepcionales que, en vez de refrenar, sólo excitaron los entusiasmos de los partidarios de la regeneración de la sociedad actual.

En España goza generalmente el príncipe de Bismarck las simpatías de todos los admiradores de su carácter entero, y hay entre nosotros individuos que trasladan sus simpatías por nuestro Bismarck indigeno, Cánovas del Castillo, al canciller de hierro de todas las Germanias. Donde faltan los caracteres, se admiran á los hombres como Bismarck.

Sin embargo, la inmensa mayoría de los españoles no deja de censurar en el hombre de Estado prusiano su espíritu reaccionario, su odio á las ideas del progreso y su servilismo ante los monarcas de Prusia, servilismo que le ha impedido levantar la bandera republicana fundando en el centro de Europa una gran República, cuya existencia hubiera sido la señal de la transformación definitiva de Europa en una inmensa confederación.

Este criterio es también el del célebre *psiquiatro* Cosme Lombroso, catedrático de la Universidad de Turín, que escribe lo siguiente:

«Si se llama gran ministro á un hombre que ha sabido representar con gran inteligencia y energía despiadada, los intereses de su propia clase, no puede negarse que Bismarck es un hombre grande.»

Sin embargo, hay diferencias entre esto y los grandes hombres.

Si le comparamos á Bismarck con Cavour, que hizo libre á su patria, sabiendo después gobernarla sin violencias; ó con Gladstone, que evitaba la revolución de Irlanda, satisfaciendo sus legítimas aspiraciones, que cedió libérrimamente las islas Jónicas, y cayó por haber conseguido la ley contra la embriaguez; no nos parece dudoso que la Historia les prefiriera al hombre de hierro que, por medio millón de soldados, vence sus adversarios, y apoyado en ellos y el consentimiento de su emperador, instiga una clase contra la otra.

Quizás hablará así un día la Historia.

*
**

El robo de los tres pelos del profeta tiene sobresaltados á los mahometanos del imperio ruso.

Una diputación de Samarkand, que recibió del Sultán de Constantinopla la preciosa reliquia de los tres pelos de Mahoma, fué víctima del robo en territorio ruso, que pudiera aún tomar las proporciones de un conflicto diplomático, porque á los pelos acompaña un *firmán* del jefe de los creyentes garantizando la autenticidad de la reliquia.

¡Cuidado que son pelos curiosos!

Nada menos que mil doscientos y pico de años se han conservado para caer en poder de los pícaros lairones, que realmente resultan los que han «tomado el pelo.»

*
**

El Gobierno alemán ha presentado un proyecto de ley que determina los honorarios de los médicos.

La primera visita se pagará de 10 á 100 reales, y cada visita consecutiva, 5 á 30 reales. Las consultas en casa del médico se pagarán de 5 á 50 reales.

Por cada media hora que el médico permanezca á la cabecera del enfermo se pagarán 7 á 15 reales.

Honorarios dobles están permitidos para visitas urgentes, hechas de noche.

Compárense con estos honorarios los de los obreros, que, por 5 reales que el médico gana en cinco minutos, tienen que trabajar cinco horas.

Y gracias si hay trabajo...

*
**

Los médicos alemanes han emprendido una guerra sin cuartel contra... el corsé.

El célebre profesor Niemeyer afirma que la mayor parte de las mujeres enfermas de anemia y otras enfermedades propias del sexo bello, son consecuencia del corsé.

Con mayor exactitud calcula el famoso doctor Schweningen, que supo «desengordar» al príncipe de Bismarck, en 80 por 100 el número de las hermosas que sufren por aquel pícaro objeto de la *toilette* femenina.

*
**

Un teutón inventivo acaba de tomar patente de invención por un mecanismo ingenioso que sirve igual-

mente para sujetar las faldas y apoyar el busto, sin apretar la cintura.

Sin embargo, nos parece poco probable el éxito del invento justamente por no apretar la cintura, porque para esto se lleva el corsé.

A. I. MILÉ.

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA.

¡Gloria al ilustre Darwin
que en un momento de esplín
dijo, al exponer su ciencia,
que es ley de este mundo ruín
la lucha por la existencia!

O vencer ó ser vencido,
tal es la ley; ley suprema
que no hay que echar en olvido:
ó comer ó ser comido,
nada más... ¡*Ecco il problema!*

Ninguno nos escapamos,
todos los hombres luchamos
con más ó menos afán...
¡Cuántos trabajos pasamos
por un pedazo de pan!

Dijo Jehová, violento,
para hacer un escarmiento,
á nuestro padre inocente:
«Ganarás el *alimento*
con el sudor de tu frente.»

Y desde entonces se afana
esta pobre raza humana...
¡Ay, Eva, madre amantísima;
al comerte la manzana
nos hiciste la *santisima!*

Desde tu *infame* pecado
el hombre vive amarrado
del trabajo á la cadena,
pues que á este fin desgraciado
tu proceder nos condena.

¡Y la cosa es divertida!
¡Todas las generaciones
tienen que pasar la vida
haciendo *combinaciones*
para buscar la comida!

Ya la Sagrada Escritura,
entre otras historias viejas,
de Esaú nos asegura
dió su primogenitura
por un plato de lentejas.

A cuántos he conocido,
como aquél, en nuestros días
que su conciencia han vendido
por un plato de cocido,
por dos reales de judías.

¡Son leyes muy naturales!
El estómago no escucha
los argumentos morales
y, además, son muy brutales
las leyes para la lucha.

Pues desde Madrid á Flandes,
del Guadarrama á los Andes,
para llenar el abdomen,
siempre igual: los peces grandes
á los pequeños se comen.

Y, pues, este es nuestro fin,
creamos lo que Darwin
dijo, al exponer su ciencia:
«¡Es ley de este mundo ruín
la lucha por la existencia!»

ANTONIO PALOMERO.

LIBROS NUEVOS.

Cartucherita.—Con este título acaba de publicar Arturo Reyes una novelita de costumbres andaluzas. Reyes es andaluz, malagueño, y tiene, como la mayor parte de los artistas meridionales, la monomanía de la luz y del color: su libro es la imagen fiel de las aficiones predominantes de su espíritu; es una narración sencillísima y trágica que se desarrolla rápidamente bajo un cielo azul iluminado por los rayos abrasadores de un sol espléndido, en medio de una naturaleza exuberante...

CARTUCHERITA es un torero que se enamora de la esposa de un hombre que fué para él un segundo padre; y cuando se convence de que su funesta pasión es incurable y de que va á deshonorar á su protector, se suicida dejándose matar en la plaza por un toro... Y, nada más; este es el argumento; argumento que se desarrolla rápidamente en un tomito de 200 páginas en el cual se habla de nardos, de claveles, de botellas de manzanilla, de soleares cantadas á orillas del mar y á la luz de las estrellas... de todo lo más típico, en suma, del poético suelo andaluz.

CARTUCHERITA tiene defectos y bellezas; ¿por qué no decirlo... cuando creo que Reyes es un escritor de porvenir que podrá corregirse fácilmente de sus torpezas de principiante?...

Empezaremos hablando de lo malo, puesto que

«tomar lo amargo es preciso,
bien antes ó bien después»...

y tomarlo antes, según la respetable opinión del poeta
«si sabe mal, sienta bien»...

y yo quiero que á Arturo Reyes, á quien desde luego estimo como literato, le sienten bien mis consejos.

El estilo empleado por Reyes en CARTUCHERITA es muy personal, y este es uno de los defectos más grandes de que puede adolecer un novelista, porque las reflexiones del autor aminoran el interés de la narración.

El Sr. Reyes dice, por ejemplo: «Se miraron Pepe y Clotilde; ¿qué se dijeron sus miradas?... ¡quién sabel...»

Estas dudas que le asaltan á Reyes acerca de la intención que tendrían los ojos de Clotilde y de Pepe, son de un gusto estético detestable; porque, claro es, que el lector está enterado de todo, y el único que finje vivir inocente del crimen que se prepara, es el mismísimo Sr. Reyes, autor del enredo.

Además del estilo personal, Reyes abusa de las fechas más que Balzac. Véanse algunas muestras: don Lorenzo ganó la escuela á los 20 años y tiene 35 cuando el Sr. Reyes le trae á colación. «Diez meses después... (hombre, ¿no pudieron ser doce siquiera?...!) de ponerse en relaciones Lorenzo con Clotilde, se casaron.»

«Diez minutos después de llegar Cartucherita á casa de Lorenzo, se sentaron á almorzar.»

«Quince días transcurrieron desde la llegada de Pepe...»

En la novela hay un día de calor; «cinco ó seis días después de llegar el Inglesito...»

«D. Lorenzo penetró, una hora después, en el comedor...» Y otras tantas que por mi mala memoria se me quedan en el tintero.

Todos estos defectillos que voy apuntando á la ligera porque no tengo pretensiones de abrir desde aquí cátedra de literatura, son inocencias de novato de las cuales el Sr. Reyes puede curarse fácilmente.

Fiados en esto, no hablaremos de algunas páginas consagradas á una psicología superficial que no dice nada, ni su empeño en allegar citas conocidísimas que afean la narración lejos de embellecerla... Pero lo que no podemos omitir es la crítica de un párrafo que constituye un verdadero desplante de buen gusto.

Dice el Sr. Reyes:

«Una caricia que la arrastraba desde la cumbre donde se besan los querubas, hasta los antros donde se retuercen entre epilépticos paroxismos los sátiros y las bacantes...»

¡Oh!... Sr. Reyes, ¡oh!... ¿Qué ha querido usted decir con todo eso, que es un rosario de mentiras?...

¿Qué cumbres son esas donde se besan los querubas?... ¿Se besan los querubas?... ¿Hay querubas, siquiera?... ¿Y esas bacantes y esos sátiros retozones?... ¿Qué inenarrable mescolanza es esa de mitología helénica y de misticismo cristiano?... No, Sr. Reyes, hay que pensar lo que se escribe; la incontinencia de pluma es muy mala.

Aparte de esto, que es la *única nota cursi* del libro, CARTUCHERITA es una novela muy bien dialogada y escrita en una prosa fácil y rica, llena de color y de gracejo, sin galicismos ni amaneramientos.

Arturo Reyes tiene facultades para vencer y, si no desmaya, hay motivos para esperar de su ingenio muchos frutos y muy sazonados.

CARTUCHERITA es una notita alegre, risotera, *salada* (valga la expresión ya que se trata de una novela andaluza), y leyéndola se pasa un buen rato.

F. MACEÍN.

GERMINAL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS VIERNES

Redacción y Administración: VILLANUEVA, 20

JEFE DE REDACCIÓN: JOAQUÍN DICENTA

REDACTORES

ALONSO Y ORERA, JACINTO BENAVENTE,
RAFAEL DELORME, RICARDO FUENTE, FÉLIX LIMENDOUX
FRANCISCO MACEÍN, ANTONIO PALOMERO,
MANUEL PASO, NICOLÁS SALMERÓN Y GARCÍA,
A. DE SANTA CLARA, VALLE INCLÁN, EDUARDO ZAMACOIS

COLABORADORES

ALFREDO CALDERÓN, GONZÁLEZ SERRANO,
JACINTO O. PICÓN, VERDES MONTENEGRO, LAPUYA,
CATARINEU, MIRALLES, SALAS ANTÓN, ANTONIO ZOZAYA,
ODÓN DE BUEN, ETC., ETC.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid....	Trimestre.....	2	pesetas.
	Año.....	7	—
Provincias..	Trimestre.....	2,50	—
	Año.....	9	—
Extranjero y Ultramar:	Año.....	15	—
Número suelto ..		0,15	—
Idem atrasado.....		0,50	—

A los corresponsales y vendedores: mano de 25 ejemplares, 2 pesetas.

Anuncios á precios convencionales.

Pagos adelantados.

Toda la correspondencia al Administrador.

LIBRERÍA

Y

CENTRO DE SUSCRIPCIONES
DE

GREGORIO PUEYO

TRUJILLOS, 5, MADRID

Gran surtido en comedias, música, libros de texto, obras de consulta, novelas francesas, etc.—Se admiten suscripciones á obras y periódicos.—Se proporcionan toda clase de libros.

LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS-UNIDOS

EXTRACTO DE SU BALANCE EN 1895

	Dollars.
Activo.....	201.009.387,84
Reserva y demás obligaciones.....	160.385.376,11
Sobrante.....	40.624.011,73

Todas las Pólizas indisputables de esta Sociedad se pagan inmediatamente después del fallecimiento; y en caso de vida, las de acumulación por 20 años han reembolsado la suma de primas pagadas con un interés además de 6 por 100 en las dotales.

Para informes dirigirse á su Oficina en Madrid

PALACIO DE SU PROPIEDAD

Calles de Alcalá, 18, y Sevilla, 7

INSTITUTO POLÍGLOTA

Francés, inglés, alemán, ruso,
italiano, portugués, polaco, árabe, latín,
griego.

Lecciones desde 15 pesetas al mes; conversación de francés (Cercle Polyglotte), 5 pesetas al mes; traducciones comerciales, literarias, de documentos, etc., en el acto, 1 peseta las cien palabras.

Director: D. ERNESTO BARK

De diez á doce en la Puerta del Sol, números 11 y 12
Papelería Pelegrini.

LA CATALANA

COMPañIA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y EXPLOSIVOS
Á PRIMA FIJA

Esencialmente española,
y única que tiene su Dirección general en Cataluña
Establecida en el domicilio de su propiedad
Dormitorio de San Francisco, 5, pral. Barcelona.

Capital social: Ptas. 5.000.000

Director-gerente: D. FERNANDO DE DELÁS
ex-Diputado á Cortes, Abogado y Propietario.

Siniestros pagados hasta 31 de Diciembre de 1895:
4.094, valor en Ptas. 5.584.466,04

Capitales asegurados: Ptas. 2.348.749.943,21

Males de la orina.

CURA SIN SONDAR NI OPERAR

Dilatación de las estrecheces, rotura y expelición de los cálculos (mal de piedra) y arenillas. Cura rápida del catarro de la vejiga, incontinencia, debilidad, próstata, orina turbia con posos blancos ó rojos. *Sales Koch, 7 pesetas.* Van en el correo por libranzas ó sellos. Calmante instantáneo de los dolores y ataques. Consulta diaria gratis y por correo.—**Gabinete Médico Norte-Americano**, Montera, 33, 1.º, Madrid.

CURA DE LA ESTERILIDAD

Y MALES DE LAS SEÑORAS

verificando, en caso preciso, la

fecundación artificial.

Nuevo procedimiento con resultados positivos en un período breve.—Consultas de 11 á 1, de 5 á 7 y por el correo.—**Gabinete Norte-Americano**, Montera, 33, 1.º, Madrid.

VENÉREO-SÍFILIS

BLENORRAGIA

Flujo blanco, Gota militar; cura en dos días.
Cápsulas Koch, 3 pesetas. Van por el correo.

Impotencia, debilidad, pérdidas, cura rápida á cualquier edad y sin peligro. *Tónico Koch, 9 pesetas.* Consulta gratis diaria y por el correo.—**Gabinete Norte-Americano**, Montera, 33, 1.º, Madrid.

COMPañIA COLONIAL

CHOCOLATES Y CAFÉS

LA CASA QUE PAGA MAYOR

CONTRIBUCIÓN INDUSTRIAL EN EL RAMO

y fabrica 9.000 kilos de chocolate al día.

50 recompensas industriales.

Depósito general

CALLE MAYOR, 18 y 20.—MADRID

CRÉDIT LYONNAIS

FUNDADO EN 1863

Capital: 200 millones de francos

AGENCIA EN MADRID

Puerta del Sol, 10

El *Crédit Lyonnais* recuerda que en sus oficinas encuentra el público cuantas facilidades puede desear para todas las operaciones de Banca y Bolsa, tales como:

1.º Préstamos sobre valores españoles y extranjeros.—2.º Cuentas corrientes con garantía de fondos públicos ú otra clase de valores de fácil negociación.—3.º Cobro y compra de cupones españoles y extranjeros.—4.º Cobro y descuento de letras sobre Madrid, provincias y extranjero.—5.º Compra y venta de monedas y billetes de Banco.—6.º Giros, órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—7.º Compra y venta, por orden de la clientela, de toda clase de fondos públicos en las Bolsas de Madrid, Barcelona, París, Londres, Berlín, etc., etc.—8.º Custodia de toda clase de valores ó títulos.—9.º Venta de «Bons de Poste» pagaderos en todas las administraciones de Correos de Francia, Argelia, Túnez y todas las oficinas de Correos francesas de Oriente.—10.º Cuentas de depósito con interés.

PREPARATORIA MILITAR

DIRECTOR

DON EMILIO PRIETO VILLARREAL

Calle de Fuencarral, 6, pral.

Honorarios: 25 pesetas al mes.

FOLLETOS DE ACTUALIDAD

Á 25 CÉNTIMOS

Desenmascarados; revelaciones respecto al «partido obrero», por *A. de Santa Clara*.

Ernesto Bark; biografía, por *Francisco Macein*.
MONTERA, 42 (puesto de periódicos).

SOCIEDAD MUTUA ESPAÑOLA

DE

SEGUROS SOBRE LA VIDA

Dirección: Plaza de Oriente, 3, Madrid.

Esta Sociedad es la única que efectúa el seguro sobre la vida de sus asociados con

devolución completa de las primas

por medio de Bonos de reembolso, y admite el pago de las primas en plazos mensuales de 2 á 6 pesetas por cada 1.000 aseguradas, según la edad del asegurado.

VERDADERO SEGURO DE VIDA GRATUITO

Para más informes dirigirse al Director de esta Sociedad ó á sus Agentes-Delegados de provincias.

Consultorio Médico-Quirúrgico

INTERNACIONAL

DIRIGIDO POR MÉDICOS ESPECIALISTAS

ARENAL, 1.—MADRID

ESTÁ CONSTITUIDO POR LOS SIGUIENTES GABINETES:

De Medicina general.

- » Operaciones (rigurosamente asépticas).
- » Oftalmología y dentistería.
- » Enfermedades venéreas y sífilíticas.
- » Ginecología, obstetricia y pediatría.
- » Laringología, rinología y otología.
- » Dental (operaciones y protesis).
- » Electricidad y amasamiento.
- » Vaporarios y duchas.
- » Inhalaciones antisépticas y balsámicas (ázoe, ozol, ozono, guayacol, yodoformo, eucaliptol, terpinol, etc.).

Consultas en el Instituto, á domicilio y por correo. Asistencia domiciliaria médica y obstétrica. Consultas y operaciones gratuitas diariamente á los pobres, de nueve á diez y media de la mañana.

ALMACÉN DE PAPELES PINTADOS

DE

JOSÉ VILLAGRASA

Pintura y decoración, adornos de cartón piedra.

RELATORES, 13

ANTONIO DEL ÁLAMO SASTRE

especialista en el corte de toda clase de prendas,
sin compostura.

Primera casa en trajes para ciclistas.

Trajes á medida desde 30 pesetas.

PRECIADOS, 62, PRINCIPAL

ZAPATERÍA

DE

JULIO ESCALONA

GRAN SURTIDO EN TODA CLASE DE CALZADO

PARA SEÑORA Y CABALLERO

Á PRECIOS SUMAMENTE ECONÓMICOS

Esta casa trabaja para los mejores establecimientos de Madrid.

Exportación á provincias.

Embajadores, 53 dup., pral.